

HOMENAJE

AL AUTOR DE "HORAS DE LUCHA"

Sr. Manuel González Prada

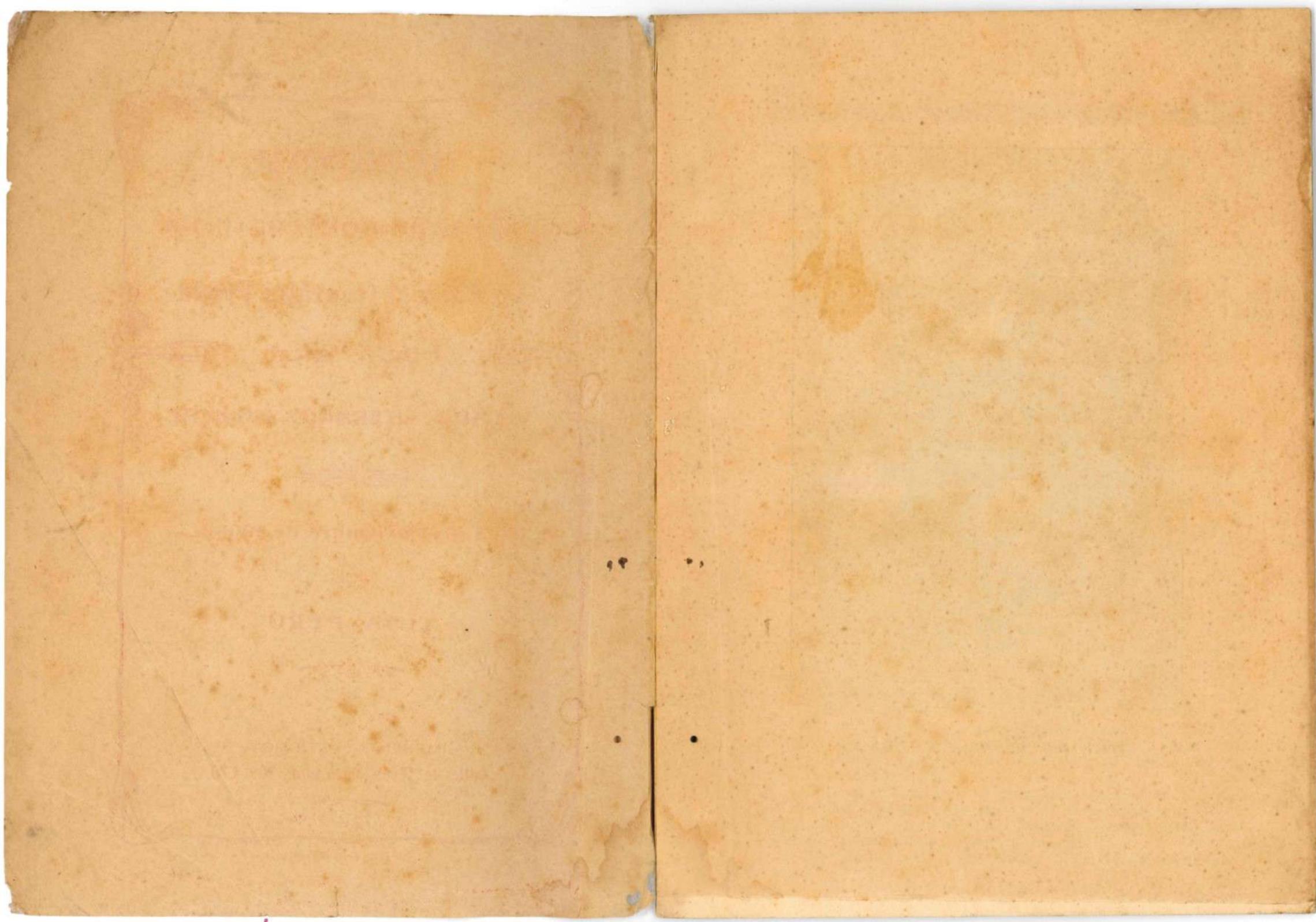
VELADA LITERARIO-MUSICAL

8 de Noviembre de 1908

LIMA - PERÚ

IMPRENTA ARTÍSTICA
— Calle de Jesús Nazareno, N.º 170 —

Se Reparte Gratis





Manuel González Prada



HORAS DE LUCHA

El Homenaje al Maestro



EN MEDIO del triste doblegamiento de espinazos, en la incensación lacayesca de hechizos y nauseabundos diosillos, de esos minúsculos y ridículos ídolos ocasionales de nuestro mundo político, en medio de todo eso, que es rémora, que es fermentación morbosa, apareció "HORAS DE LUCHA". Y el verbo apocalíptico del Maestro vibró como un himno de victoria sobre nuestro ciclo de humillación y de bajeza. Fué á la manera de una bandera de rescate, que al ondear lleva algo así como la denuncia del delito, marcando derroteros de justicia reparadora!

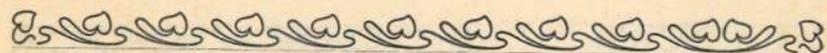
Es un libro acusador: Es el desgarramiento de los andrajos encubridores de las carnes laceradas; es la vivisección de nuestras instituciones; es el grito formidable ante el fango de nuestros vicios; es el mazazo pulverizador á la arcilla de nuestros ídolos; es el reproche airado á la inercia de nuestros luchadores; es condenación y es muerte para los protervos; es vigorización, es vida para los que aún pueden escalar con el vuelo de su audacia las cumbres de la liberación y del rescate.

"Libros acusadores son libros salvadores".

Es un libro de inspiración y de verdad; es un libro iniciador: tiene las grandezas supremas del gran carácter; todo el ardor de las convicciones del apóstol y del luchador que le dió aliento: un rumor de batallas y de triunfos.

No existe allí un ápice de compasión culpable: en la irrupción elocuente del estilo todo cae bajo el verbo indignado en un derrumbamiento pavoroso. Es la flamígera espada agitada por el luchador, descargada cual relámpagos sangrientos.

Es "libro de justicia, libro bueno. Libro de Verdad: es libro santo".



Por eso sus admiradores y sus discípulos, todos los que nos hemos nutrido con el pan espiritual de sus enseñanzas, nos hemos sentido victoriosos y conmovidos. Porque en nosotros vive la esperanza, la esperanza que no conoce la quietud, ni acepta prórrogas en el tiempo y unifica dulcemente las almas, llenando la esfera infinita con el perfume augural de sus aspiraciones.....

Y el triunfo fué compartido: el Maestro dió alientos á los discípulos pusilánimes. El nos muestra sus libros y nos dice estudien; él nos muestra sus obras y nos dice luchen. Pero aun no se ven esas consistencias de roca, esas fortalezas de granito.

Por eso la ribazón de ese triunfo fué un homenaje: fué una reverencia que encierra una promesa: un desperezamiento que invita á la acción; pero una acción que marque rumbo á la cruzada reparadora; una acción que demuestre ser consecuente con las enseñanzas del hombre que nos muestra su vida como un poema heroico, que nos muestra su vida sin nubes que entenebrezcan los cielos radiosos de su valiente, de su noble apostolado.

Es que grandeza es dirección. Prada es un gran espíritu, que, á la manera de esos grandes cursos de agua, atraen muchos afluentesy se tornan caudalosos.

Al rendir homenaje á las victorias del genio, hay que superarse, lanzarse á una vida nueva, para no caer en la caducidad impotente del aplauso.

Es vergonzoso que nuestra vida, que es un instante, un minuto ante la vida de la inmensidad, la avergoncemos doblegándonos ante la maldad imperante, ante el concierto informe de histriones y de lacayos en el sucio chapoteo de apetitos y pasiones.

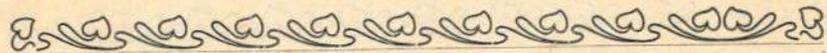
La pasividad es un delito: es el triste patrimonio de las almas muertas.

Vivir en el antro obscuro é infecto del más torpe convencionalismo, "donde todo está prostituido, desde el corazón hasta el cerebro; donde todo está esclavizado, desde el brazo hasta el pensamiento; donde todo está enfermo, desde la médula hasta la masa encefálica", sería rendirse, consagrar la pasividad humana.

Se precisa ser enérgicos y apasionados, sentir el vigor que excita á la lucha, so pena de afirmar que la indiferencia, que el egoísmo mal entendido encubren una cobardía disimulada.

De la lucha, de su fragor calcinado brotan chispas crepitantes y rumorosas: son los gritos formidables que, á manera de empujes invencibles, marcan el triunfo.... como rayos que fulminan, como tempestades que arrasan.

Esas las obras de las almas grandes; las de geniales locuras; las de las almas fuertes; las de arranques heroicos.



Esos son los creadores: creadores de valores nuevos, que se elevan sobre el rebaño de conformidad culpable, á la manera de antorchas gigantescas para iluminar y para incendiar los geniales arranques de los pueblos, con el fuego de sus almas apasionadas y heroicas.

Esa es la labor de González Prada. Eso es "Horas de Lucha": un huracán que barre; una luz que alumbrá; una brecha abierta en el murallón de las iniquidades y supersticiones que nos privaba de los resplandores del cielo.....

"La tea no es tan luminosa por sí misma sino por las otras que enciende." (Nietzche)

Por eso fué alrededor del Maestro toda esa juventud que lo venera y lo quiere; porque él supo encender el fuego del Ideal en nuestros corazones. No fuimos á aplaudir: fuimos á afirmar en una fiesta que expansionase el espíritu.....

Y la velada fué.

Eran las 8 de la noche y el amplio salón de la Loggia "Stella d'Italia" rebotaba con la enorme concurrencia que había acudido, ávida de, con su presencia, ser parte en el homenaje al gran tribuno.

Gente nueva, nuevos creyentes de una moderna fe, llamadores de un porvenir de firmes, de futuras vindicaciones; damas, pocas damas, mujeres libres, sin creencias absurdas, sin vendas de fanatismo sobre sus ojos ávidos de luz. Tales eran las mil quinientas personas que vitorearon entusiastas, una hora después que ingresó al salón el autor de "HORAS DE LUCHA".

Y allí, en el fondo, sobre una escalinata estaba el Maestro; tenía á su derecha a ese batallador incansable, sediento de combate y de victoria: Dr. Christian Dam, y á su izquierda al esforzado paladín de los derechos del indio, de esa raza infeliz, vilipendiada: Dr. Santiago Giraldo.

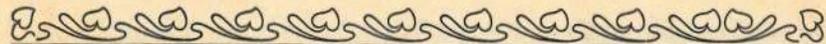
Y la velada comenzó.

El Dr. SANTIAGO GIRALDO, en una improvisación, la ofreció en nombre de la COMISIÓN ORGANIZADORA, ocupando enseguida la tribuna el Maestro, para agradecer ese homenaje, como él sabe decirlo, como él solo puede hacerlo.

Y lo aclamaron delirantemente tantos corazones rebosantes de anhelos generosos, de anhelos levantados.

Después desfilaron por la tribuna GLICERIO TASSARA, JUAN DE DIOS BEDOYA, JOSÉ PARDO Y CASTRO, ANGEL ORIGGI GALLI, PEDRO FERRARI Y JUAN TASSARA—(que, imposibilitado de concurrir, hizo leer sus versos).

Nada podemos decir de los oradores en su elogio. Todos ellos son batalladores y osados; todos han contribuido en la prensa y en la tribuna á sacudir la somnolencia de este pueblo. Sus trabajos, que van en seguida, lo justifican.



Pero no podemos menos que tributar un aplauso y un agradecimiento á los distinguidos artistas Sres. Carozzi, Marsicano, Perret y Ugarte, que con la brillante ejecución de los trozos de «Forza del Destino», «El Anillo de Hierro», «Faust» y la Condoliera de Mozkofzki contribuyeron al éxito grandioso de la manifestación. Fué un conjunto de distinción y de armonía. ¿Qué decir de Marsicano, de este aventajado discípulo de Paganini, que ora hace gemir su violín como una queja que conmueve, ora desliza su arco en arranques de contagiador regocijo? Y fué sobre él, sobre ese artista genial, que la cobardía sectaria de un fanático hincó su diente infamemente desde las columnas del órgano católico. ¡Pobres fracasados! En el arte no cabe fanatismo. Todo él es divinidad.....

Y Carozzi: un artista por entero, que á una hermosa voz de tenor une una precisión de ejecutante, de eximio pianista.

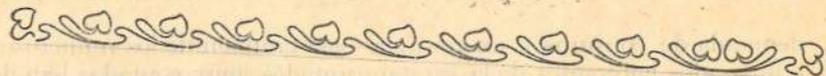
Ellos y Ugarte, el ferviente admirador del «divino arte», todos contribuyeron al éxito, como compartieron por iguales las palmas del selecto auditorio. Y no faltaron los espontáneos, contagiados de un entusiasmo sincero: José Torchiani, hijo de la bella Italia, llevó su palabra, su saludo y su adhesión en un breve discurso; y Luis Olea, en frase vigorosa, hizo oír la voz altiva de la blusa no encenagada, de la blusa con ideales y generosas aspiraciones, en una brillante improvisación que significaba la adhesión de los trabajadores á ese homenaje al apóstol y al luchador; cerrando la velada en corta y enérgica arenga el incansable paladín Christian Dam, desbordante de ese fuego demoledor que distingue su vida batalladora.

Si ser parte en este homenaje, en todos era un deber, sin embargo, séanos permitido consignar el nombre de un discípulo modesto y silencioso: J. PIMENTEL ORTEGA, á quien cupo la labor más pesada y más activa para el éxito de la manifestación.

Y la velada fué un triunfo; y el triunfo un reguero de luz, que dispersó, asombrados, á los buhos de sascristía, en desborde de graznidos y de insanias. Sus vuelos y sus gritos son delatores. Temen la luz en su antro pavoroso. Y claman, claman á los mandones de la tierra, ya que sus dioses permanecen sordos á sus clamores, indiferentes á sus chirridos de bestia herida, de bestia agonizante.

Esta manifestación ha sido una deuda que teníamos con el Maestro; también una afirmación de consecuencia. Hay que hacer por imitarle: seguir sus huellas. Su vida es el ejemplo.

Que el rumor de admiración se torne en empuje para la acción!...



Si la labor del Maestro ha servido para esta hermosa floración de anhelos, hay que sacudir la molicie para probar que no ha sido el último esfuerzo de un desgastamiento de energías.

Permanecer como plantas raquíticas que ni crecen ni se extienden, es triste. Hay que dignificar la VIDA.

Si el espanto desató la lengua al hijo de Cressus, que «Horas de Lucha» desate las energías maniatadas con el clamor ruidoso de lo que se halla en pie, con clamor de Vida que se expande y fructifica.

Sí, «La Verdad se debe al Amor». La lucha se debe á la Vida.

Carlos DEL BARZO.

Noviembre—1908.



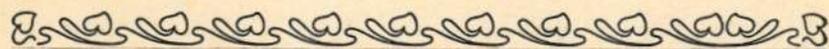
Discurso de ofrecimiento del Dr. Santiago Giraldo

SEÑORES:

Un acontecimiento acaba de realizarse en el campo literario-filosófico de la capital de la república: el renombrado literato don Manuel González Prada ha lanzado á la publicidad su última obra, titulada «HORAS DE LUCHA.»

La aparición de este libro marca un hecho notable, pues revela que mientras unos ríen en sus banquetes de opulencia y otros lloran en sus tugurios, de miseria, hay, cuando menos, un hombre que piensa seriamente en los destinos de la humanidad y de la patria; y porque, además, es raro, muy raro ver que de la pletórica producción de nuestra bibliografía arranque siquiera un libro serio, cuyo autor no sea favorito del fisco y no ostente el sello, el timbre, el visto bueno de la protección oficial.

Es por esto que puede, sin hipérbole, compararse la aparición del nuevo libro á la caída de un aereolito de las esferas celestes á la superficie del planeta, pues así como de los tímidos moradores de la comarca donde ha estallado el fenómeno pocos, muy pocos son los que se atreven á examinar por sí mismos la procedencia del misterioso bólido, y muchos, muchísimos, casi todos, los que si no permanecen indiferentes, huyen azorados, signándose y santiguándose en



demanda de conjuros y exorcismos,—así también de los numerosos é ilustrados habitantes de la capital, contados, muy contados han de haber sido los curiosos de las páginas de "HORAS DE LUCHA", aunque la espontaneidad y presteza con que habéis ocurrido á este recinto viene por sí probando que se disipan los viejos prejuicios.

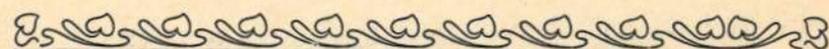
Hé aquí suficientemente explicados los motivos que decidieron á unos pocos jóvenes intelectuales, secundados por entusiastas artistas, á organizar esta fiesta literario-musical, en homenaje, no tanto de la persona del eminente literato, como de las ideas que en alta voz proclama su valiente Libro.

Pláceme, desde luego, enviar mi voto de aplauso á la Comisión Organizadora que, venciendo dificultades, ha facilitado la ocasión de un momento de solaz y aliento al luchador en sus amargas horas de lucha, y á vosotros, todos, la oportunidad de dar libre expansión á vuestras convicciones; siendo sólo de sentir que el que habla, honrado con el nobilísimo encargo de ofrecer el presente, no se halle á la altura de los ideales del ofrendado, ni de las aspiraciones de la juventud ofrendante.

Empero, ya que esta deficiencia no pasa de un detalle, he de permitirme entrar en materia.

¿Qué es, señores, qué importa, qué significa, qué representa el nuevo Libro de González Prada?

«Horas de Lucha» no contiene una filosofía sistemática; por que el momento que atravesamos es tan crítico, que ningún sistema filosófico puede quedar en pie: todas las filosofías y doctrinas, todas las hipótesis y teorías se combaten, chocan y entrechocan en espantoso torbellino agitado por el huracán del pensamiento cada vez más rebelde, cada vez más indomable:—el positivismo determinista y el idealismo voluntarista se fragmentan á lo infinito con los partidarios de la inmanencia y de la contingencia, con los humanistas, solipsistas y pragmatistas, con los *neo*-kantistas, hegelianistas y tomistas; el edificio de la ciencia, al parecer tan sólido, del siglo XIX, llamado con razón el siglo de las luces, principia á cuartearse; sus jambas crujen con horriblos crujidos, y la cúpula amenaza desplomarse sobre nuestras cabezas: desde el axioma de la atracción de Newton hasta la química de Berthelot, las disciplinas todas vacilan desde sus cimientos—Ramsay con su fórmula de desintegración de los átomos integrantes pretende disolver la materia misma que se consideraba ya descansando sobre sus eternas bases; no cabe duda, señores, que la crisis es universal, y los signos de los tiempos están revelando los síntomas de los dolores del alumbramiento de una nueva idea, quien sabe si en pos de los dirigibles de Zappelin y de los aeroplanos de los hermanos Wright.



Mientras ella venga, tengamos fe y esperemos.

Si "Horas de Lucha" no es una filosofía, tampoco es una literatura, porque toda literatura tiene lógicamente que orientarse en el pensamiento filosófico contemporáneo, y bajo tal concepto el decadentismo con sus modernistas, delicuescentes, incoherentes y simbolistas, no es sino la negación de toda literatura.

¿Será, quien sabe, un programa político?—Mucho menos: separado como se halla su autor por insondable abismo de todos los partidos políticos militantes del país y distanciado de ellos por espacio mayor que el que mide de polo á polo, habría incurrido en imperdonable insensatez al proponerse exhibir un programa político.

Si nada de esto es el nuevo Libro ¿qué es, pues, entonces?—Os lo voy á decir:—«Horas de Lucha» no es sino la protesta del pensador, el grito agudo de alarma del patriota contra nuestras estulticias y nuestras macabras miserias: algo más, es la clava de Hércules, es el hacha demoleedora, es la espada destructora, y bajo otro aspecto es aun más todavía: es la voz del que clama en el desierto para preparar los caminos de la verdad y de la vida que vienen, que han de llegar y que, al fin, han de triunfar, pese á quien pesare.

Esto en cuanto á la obra; y ¿qué decir de su autor?—Dijera yo todo lo que sé de sus méritos, y lo dijera sin correr el peligro de los artificios de la lisonja; pues no repetiría sino lo que todos vosotros sabéis y decís; pero aunque tal verdad sería la única que resultase insostenible á los oídos de González Prada, es deber de esta solemne hora dejar constancia de las dos grandes virtudes que ponen de relieve su personalidad, y ello no para provecho suyo, sino para modelo de la juventud, que bien necesita imitarle.

Esas dos virtudes son la firmeza de sus convicciones y la austeridad de su vida pública.

¡Firmeza de convicciones!

Desde su primera revelación, hasta hoy que va transcurrido cerca de un cuarto de siglo, no ha borrado un renglón ni enmendado una sola palabra de su ya histórico discurso del Politeama: González Prada de 1888 es el mismo de 1908: no ha retrocedido un paso de la brecha, ha continuado haciendo fuego nutrido y mortífero sobre las opuestas fronteras.

¡Austeridad de su vida pública!

¿Quién de los que se hallan presentes ó ausentes puede atreverse á arrojar, no se diga la primera piedra, pero ni un grano de alpiste sobre la inmaculada frente del autor de «Horas de Lucha»?—Nadie, señores: González Prada es uno de los que conservan sus manos limpias de sangre y lodo.

Interminable sería entrar al análisis de sus obras; pero como

esa tarea ha sido encomendada por la Comisión Organizadora á los distinguidos oradores y artistas sobre cuyos hombros gravita el peso de esta jornada, es ya tiempo de invitarlos á ingresar á la arena á cumplir su cometido.

Entre tanto, señor González Prada, aceptad esta débil, pero sincera prueba de adhesión y simpatía de vuestros amigos, que desean lleguéis á presenciar, cual otro Víctor Hugo, la apoteosis que bien conquistada y merecida tenéis.

Contestación del señor Manuel González Prada

Señoras y señores:

Agradezco profundamente á los iniciadores de esta velada, á los artistas como á los oradores y á todas las personas que la solemnizan con su presencia.

La satisfacción que experimento no me ciega ni me ofusca: veo con la mayor claridad, distingo muy bien que las manifestaciones de simpatía se dirigen, no al hombre sino á la idea. Soy la simple ocasión de exteriorizar *algo* que se anhela, que no se dice en alta voz, que se guarda en lo más recóndito del cerebro.

Prescindamos, pues, del individuo, y congratulémonos de que en esta sociedad, carcomida por el fanatismo y amenazada por la dominación del clero, se puedan reunir aquí algunas decenas de hombres animados por el generoso espíritu de emancipación.

Ignoro si en este momento escuchan mis palabras muchos de los que hace veinte años respondieron á la voz de llamada y se lanzaron á combatir por la buena causa; mas ¿qué importaría si todos se hallaran ausentes y enrolados en las legiones enemigas? Nuevos soldados surgen á nuevas luchas. La idea renace en otros con el mismo vigor y la hermosura de los antiguos días: una Primavera no deja de ser Primavera porque las flores de hoy no son las mismas flores de ayer. Nuevas energías suceden á las energías pasadas: las aguas no son las mismas; pero el mismo río corre y seguirá corriendo.

Aunque hayamos vivido bajo una serie de gobiernos conservadores, la idea verdaderamente liberal no ha muerto en el Perú: sufre groseras falsificaciones en los seudos partidos, existe con toda su pureza en los individuos aislados y ajenos á todo espíritu de ban-

dería. Sólo se requiere una fuerza honrada, una personalidad que sin miras estrechas ni bastardas reuna las voluntades dispersas y las encamine á la acción.

Aquí los hombres libres son débiles porque son tímidos, porque no se dan el trabajo de medir sus fuerzas, porque no observan ni la inocente malicia de contarse. Muchos piensan con amplia libertad, aunque muy pocos se atreven á revelarlo. Que los retrógrados no fien mucho en la perpetuidad de su reinado: el hoy les halaga y les sonríe; el mañana puede traerles sorpresas muy amargas y muy dolorosas.

En fin, señores, aunque el presente no aparezca muy risueño, cedamos al influjo del optimismo y digamos con el gran luchador francés: *La Verdad está en marcha y nadie la detendrá.*

Discurso del Sr. Glicerio Tassara

Respetables señoras i señoritas:

Señores:

Los que amamos la verdad i la honradez en las ideas i en los procedimientos—i las anteponeamos si es preciso á cualesquiera otros sentimientos—hemos venido aquí para rendir público testimonio de admiración i de cariño al hombre que ha dedicado su vida entera á proclamar esa verdad i á proceder con honradez, á predicar la justicia, á despertar en sus conciudadanos el amor á la libertad i el odio á la hipocresía i al despotismo, á estigmatizar á los réprobos, á desenmascarar á los falsos pontífices, á descatolizar é ilustrar las masas abyectas i fanáticas, á dignificar las almas i purificar los corazones.

I este hombre extraordinario, este apóstol de gentes que, por equivocación inexplicable, ha nacido en este país de cretinos i abúlicos, no se ha limitado á la propaganda hablada i escrita, sino que ha puesto en acción sus ideas i sus doctrinas, comenzando por donde debe comenzar todo librepensador de verdad, por actuar en el reducido campo de la familia, para ofrecernos el hermoso ejemplo de un hogar limpio de toda contaminación frailuna, regido exclusi-

vamente por la estimación i el amor recíprocos de sus miembros i en el que sólo predomina el afán insaciable de cultivar el corazón i el intelecto.

De esta suerte se presenta González Prada á la consideración de sus lectores i de sus oyentes: lo que habla ó escribe lo corrobora con la acción. En las líneas generales de su vida no se descubren claudicaciones ni vergüenzas: es el impecable.

La obra de Prada, á partir desde 1885, con cuya fecha aparecen compilados sus primeros escritos en *Páginas Libres*, hasta sus últimas producciones reunidas en *Horas de Lucha*, es de un solo bloque diamantino: forman un todo armónico i brillante.

La tersura i concisión del estilo, la fecundidad i novedad de las imágenes, la forma sentenciosa é incisiva de las frases, la pureza sin arcaísmos de la dicción han hecho ya de González Prada el primer prosador de Sud-América. Sus producciones pueden ser leídas i comprendidas con la misma delectación i con el mismo aprovechamiento por el erudito i por el principiante, pues sus ideas i la forma con que las reviste son luminosas i transparentes como los rayos del sol; su verbo es como río caudaloso de aguas cristalinas que, al desenvolverse reposado i sereno, retrata en la superficie todas las bellezas de las márgenes i del cielo, pero también deja ver el fondo sin celadas de su lecho. Prada reproduce en sus obras toda la sabiduría del siglo: como lente poderosa aún en haz reducido los conocimientos científicos de la actualidad para hacer más amenas sus enseñanzas, más comprensibles sus ideas, para vencer en todas las reconditeces del espíritu la resistencia pasiva de los sentimientos i conceptos prejudiciales i para sacar triunfante sus doctrinas.

Leyendo un escrito cualquiera de González Prada se siente pasar por el alma, no solamente el soplo huracanado de sus imprecaciones tempestuosas, que derriba ídolos i fulmina iniquidades, sino también uno como hálito fecundador de poderosos sentimientos, algo así como chispa eléctrica que encendiera nueva luz en el cerebro, como exceso de amor por sus semejantes que despertara elevados i generosos anhelos en todos los corazones.

Los que recuerden esa explosión de delirante entusiasmo que, en 1886, provocó en toda la república la lectura del magistral discurso de Prada en el Politeama; los que no hayan olvidado la sensación profunda que produjo ese otro opúsculo suyo sobre los partidos políticos en el Perú; los que alguna vez al pie de esta tribuna, ó en el seno de los obreros, hayan escuchado su verbo fustigador i

revolucionario; los que hayan leído sus valientes artículos en la prensa independiente—en *El Libre Pensamiento*, en *Germinal*, en *La Idea Libre*, en *La Revista* i en *Los Parias*—apreciarán la exactitud de nuestras observaciones i convendrán con nosotros en que González Prada es no solamente el más eximio de nuestros literatos, sino también el más sincero de nuestros librepensadores, el más digno i virtuoso de nuestros conciudadanos, el único pensador de verdad que poseemos.

Prada ha consagrado su actividad cerebral mui especialmente á la propaganda social i política, á vulgarizar las nuevas ideas que han de reformar la sociedad sobre bases más justas i humanas i á estudiar nuestros vicios i defectos con el nobilísimo propósito de estimular en nosotros el deseo de mejora i de progreso. Al lado de la crítica i del reproche, siempre indica González Prada lo que debiéramos ser. Fruto de una filosofía sana i humanitaria, el espíritu de González Prada apetece el sereno imperio de la belleza i la cultura helénicas trasfundidas i remozadas dentro de los modernos conceptos sociales i las nuevas tendencias democráticas.

Como resumen de todas sus producciones pueden preconizarse estas máximas: "Seamos verdaderos, seamos honrados, seamos libres, seamos fuertes i seamos justos."

"Nadie espera ya—decía en cierta ocasión á los obreros—que de un parlamento nazca la felicidad de los desgraciados, ni que de un gobierno llueva el maná para satisfacer el hambre de todos los vientres. La oficina parlamentaria elabora leyes de excepción i establece gabelas que gravan más al que posee menos; la máquina gubernamental no funciona en beneficio de las naciones, sino en provecho de las banderías dominantes. Reconocida la insuficiencia de la política para realizar el bien mayor del individuo, las controversias i luchas sobre formas de gobierno i gobernantes quedan relegadas á segundo término, mejor dicho, desaparecen. Subsiste la cuestión social, la magna cuestión que los proletarios resolverán por el único medio eficaz: la revolución. No esa revolución local que derriba presidentes ó zares i convierte una república en monarquía ó una autocracia en gobierno representativo, sino la revolución mundial, la que borra fronteras, suprime nacionalidades i llama la Humanidad á la posesión i al beneficio de la tierra."

"¡Felices los que vengan mañana—dice en otra ocasión—por-

que vivirán no en la *Jerusalén divina*, sino en la *Ciudad laica*, sin templos ni sacerdotes, sin más divinidades que el Amor, la Justicia “i la Verdad!”

Entretanto, para preparar ese mañana glorioso, González Prada, como todos los grandes anunciadores del porvenir, combate los prejuicios i las iniquidades del presente, exhibe i lapida á los hombres que encarnan semejantes aberraciones i que medran á su sombra.

Por eso las censuras que dirige á nuestras instituciones sociales i políticas i á nuestros hombres públicos, son siempre exactas i sinceras.

¿Quién puede poner—por ejemplo—la menor objeción á la siguiente pintura de nuestro estado social, antes i durante la guerra con Chile, i que talvez podría aún aplicarse á la época actual?

“Sin especialistas, ó más bien dicho, con aficionados que presuman de omniscientes, vivimos de ensayo en ensayo: ensayos de aficionados en diplomacia, ensayos de aficionados en economía política, ensayos de aficionados en legislación i hasta ensayos de aficionados en táctica i estrategia. El Perú fué cuerpo vivo, expuesto sobre el mármol de un anfiteatro, para sufrir las amputaciones de cirujanos que tenían ojos con cataratas seniles i manos con temblores de paralítico. Vimos al abogado dirigir la hacienda pública, al médico emprender obras de ingeniatura, al teólogo fantasear sobre política interior, al marino decretar en administración de justicia, al comerciante mandar cuerpos de ejército”. “El Perú—dice en otro lugar—como infeliz mujer encadenada al poste de un camino real, puede sufrir los ultrajes de un bandolero, de un imbécil, de un loco i hasta de un orangután.”

I ¿qué remedio ofrece Prada para salir de semejante estado de ignominia?

“Si la ignorancia de los gobernantes i la servidumbre de los gobernados—nos dice—fueron nuestros vencedores, acudamos á la ciencia, ese redentor que nos enseña á suavizar la tiranía de la naturaleza: adoremos la *libertad*, esa madre engendradora de hombres fuertes.”

Con la ciencia i la libertad se hacen todas las revoluciones salvadoras i se transforma el mundo.

I ¿qué concepto merecen á González Prada nuestros partidos políticos que han usufructuado el poder hasta la fecha i que, en cada irrupción alternativa, han acaparado las curules parlamentarias, las vocalías en las cortes de justicia, las cátedras en colegios i universidades, llevando por doquier el virus ponzoñoso del servilismo i la mala semilla de la incompetencia? “Sindicatos de ambiciones malsanas—los denomina—clubs eleccionarios ó socieda-

“des mercantiles.” “Los candidatos luchan—lucha de cuervos por dar picotazos en la ensangrentada cabeza de un moribundo; los políticos se agitan—agitación de vibriones en las entrañas de un cadáver; los periódicos riñen—riña de meretrices en el charco de una plazuela.”

Pero, no siempre se trata de simples disputas electorales: otras veces los partidos políticos apelan á la lucha armada para arrebatarle la posesión del gobierno. I á este propósito escribe González Prada: “En todas partes las revoluciones vienen como dolorosa i fecunda gestación de los pueblos: derraman sangre, pero crean luz; suprimen hombres, pero elaboran ideas. En el Perú, nó. ¿Quién se ha levantado un palmo del suelo? ¿quién ha manifestado grandeza de corazón ó superioridad de inteligencia? ¿Cuál de todos esos, que chapotearon i se hundieron en la charca de sangre, surgió trayendo en sus manos la perla de una idea generosa ó de un sentimiento noble? La mediocridad i la bajeza en todo i en todos. Vedles inmediatamente después del triunfo, cuando no se han secado todavía los charcos de sangre, ni se han desvanecido los miasmas del cadáver en putrefacción: la primera faena de los héroes victoriosos se reduce á caer sobre los destinos de la nación desangrada i improbecida, como los buitres se lanzan sobre la carne de la res desbarrancada i moribunda. Simultáneamente se dan corridas de toros, funciones de teatro i opíparas comilonas: todos convierten su cerebro en la prolongación del tubo digestivo.”

¿Quién podría sostener que no son rigurosamente exactos estos juicios sobre nuestras agrupaciones políticas, nuestros hombres públicos i las revoluciones que han promovido hasta la fecha?

I sin embargo, i por estas mismas consideraciones, “en ninguna parte—agrega nuestro ilustre maestro—se necesita más que en el Perú de una revolución profunda i radical. Aquí, donde rigen instituciones malas ó maleadas, donde los culpables forman no solamente alianzas transitorias sino dinastías seculares, se debe emprender la faena del hacha en el bosque. No estamos en condiciones de satisfacernos con el derrumbamiento de un mandato, con la renovación de las cámaras, con la destitución de unos cuantos jueces ni con el cambio total de funcionarios subalternos i pasivos. Preguntemos á las gentes sencillas i bien intencionadas, á los agricultores é industriales, á los ciudadanos que no mantienen vinculaciones con el gobierno ni medran á expensas del erario público: todos nos responderán que llevan el disgusto en el corazón i las náuseas en la boca, que se asfixian en atmósfera de hos-

“ pital, que anhelan por la ráfaga de aire puro i desinfectado, que
“ piden cosas nuevas i hombres nuevos.”

I bien, González Prada es precisamente el propagandista de esas reformas sociales, el verbo de esa revolución en marcha. El estallido de la conflagración puede retardarse tal vez por muchos años, porque el Perú es el país privilegiado de la atonía i del marasmo, pero es seguro é inevitable; no lo contendrán ciertamente los progresos materiales de estos gobiernos mercantilistas i corruptores. Desde luego la experiencia ha enseñado ya á los pueblos lo inútil de las guerras civiles que se proponen exclusivamente el derrumbamiento de una oligarquía política—de lo cual hemos tenido reciente comprobación—pero no sería difícil que, prescindiendo de caudillos, las masas oprimidas, extorsionadas i escarnecidas, se levantarán algún día para tomar represalias de sus eternos explotadores i tiranuelos. Entonces se hará tangible, porque se hará carne, el noble i hermoso apostolado de González Prada.

Entretanto, cabe anotar con satisfacción que él jamás ha sentido deseos de ser incorporado al engranaje embrutecedor de las funciones públicas, porque sabe mui bien que, en todo mecanismo, las ruedas se subordinan recíprocamente, i que los espíritus conscientes i libres se convierten, en las oficinas administrativas, en instrumentos de ajenos i mezquinos intereses. Los que hemos militado en las filas del Partido Radical, fundado por él, hubiéramos querido verle alguna vez en las cámaras legislativas ó en el sillón presidencial; i, sin embargo, le habríamos empequeñecido, casi casi le habríamos deshonrado. Prada no podría figurar dignamente sino en una convención revolucionaria, ó como director de nuestra reconstitución política después de una completa liquidación social. No se concibe que, por artes electorales ordinarias, que son siempre artes de fraude i de mentira, de transacciones i de componendas, pueda el señor Prada ocupar una curul ó ceñirse la banda presidencial.

Si nosotros no tuviéramos este noble concepto del señor Prada por lo que conocemos de su vida i de sus obras, ahí está él mismo que se exhibe con toda franqueza en sus diferentes artículos del nuevo libro que ha dado á la publicidad. “Realicemos algo más útil que descender al palenque de nuestras riñas electorales, á ese verdadero caldo de vibriones—dice—i dejemos que cívicos, demócratas, civilistas i constitucionales continúen desfilando entre ruinas i sangre, como la grotesca mascarada de un carnaval siniestro.” I se entrega á la propaganda incesante de la verdad, á la persecución infatigable del vicio i del crimen, sin más guías que la razón i la ciencia, sin más culto que el de la libertad, sin otra aspiración

que la de conseguir el mayor grado de justicia i bienestar para sus conciudadanos.

En otro lugar agrega: “Pero no basta desplegar la bandera i lanzar el grito para que los adherentes acudan en tropel. Nos dirigimos á un pueblo cien veces engañado que desconfiará de nosotros, mientras los actos no le prueben la sinceridad de las intenciones. Mucho haremos con la pluma i la palabra, con el folleto i la conferencia, con la carta familiar i la conversación íntima; pero mucho más realizaremos con el ejemplo: la vida ejerce una propaganda lenta i muda, pero irresistible.” “Algo vale extender la mano para señalar el camino por donde conviene marchar; pero vale más ir delante marcando con sus huellas el rumbo que ha de seguirse: un buen guía suple á cien direcciones indicadas en cien postes. A cuantos surjan con humos de propagandistas i regeneradores, no les preguntemos cómo escriben i hablan, sino cómo viven; estimemos el quilate de las acciones indefectibles, en lugar de sólo medir el kilómetro de las herejías verbales.”

Pues bien, el hombre que preconiza la propaganda por el hecho, que antepone las reformas sociales á todo cambio meramente político, i que, en la esfera de su acción, desarraiga ó aparta de su hogar toda influencia malsana de los prejuicios sociales ó religiosos; no puede vivir sino en una atmósfera netamente revolucionaria, no puede actuar sino en una época de reorganización total de las fuerzas de la sociedad.

Hace bien, pues, el señor Prada en consagrarse exclusivamente á la propaganda que él ha denominado con tanta exactitud como apostolado solitario. I merece un aplauso ferviente i sincero de los que le amamos i le admiramos, por la publicación de su nuevo libro *Horas de Lucha*, que significa un acontecimiento digno de ser anotado, no solamente porque viene á enriquecer la bibliografía nacional, de suyo mezquina i raquítica, sino también i sobre todo porque ha aparecido en una época tristísima de nuestra vida política i social, en circunstancias en que la depresión moral de los caracteres ha llegado á límites inverosímiles, cuando todos—hasta los que se jactaban de incorruptibles é impecables—se han inclinado vergonzosamente ante el éxito conseguido por la audacia i el fraude; cuando la inmoralidad i la depravación de lo que Prada llama la *costra social*—i que la prensa abyecta i turiferaria bautiza con los nombres de clases aristocráticas i dirigentes—ha sobrepasado las conjeturas más pesimistas; cuando por todas partes se aspira olor á incienso i en todas las alcobas se esconde un padre descalzo ó un clérigo jesuíta. La

publicación de *Horas de Lucha* equivale á una protesta ardiente contra tamaño envilecimiento, á la vez que una apelación, que un llamamiento caluroso á las potencias regeneratrices del país.

La primera parte de este nuevo libro, que ha de causar profunda sensación en toda la república, está destinada á la refutación de los añejos prejuicios religiosos, sociales i políticos i á la propaganda de las modernas doctrinas emancipadoras. La segunda se consagra á la vivisección de los hombres i de las instituciones actuales de nuestro país. Con frase cáustica i lapidaria, González Prada hace desfilar ante nuestros ojos, como en procesión macabra, á los mercachifles del diarismo, á los falsos liberales que esconden el solideo bajo el gorro frigio, á los jueces venales i prevaricadores, á los mestizos i cuarterones que se dan ínfulas de duques i marqueses de sangre goda, á los políticos de todos los matices que se devoran como tigres mientras no comen como cerdos dentro de la misma espuerta, á los sacristanes de torero que se deleitan con la agonía inútil de una res i son incapaces de apreciar el sacrificio de un sabio para aliviar un dolor á sus semejantes, á los hombres públicos que, invocando la inviolabilidad de la vida privada i la santidad del hogar aunque no la tenga, pretenden coartar la libertad del escritor i forjan leyes draconianas i retrógradas.

Cierto, la publicación de todos estos vicios, de todas estas deformidades i degeneraciones morales tiene que producir hondo malestar en los que se consideran fotografiados. I así se explica que se haya hecho profundo silencio al rededor de este hermoso libro de propaganda i de combate, que condena i suscita. Pero, este mismo silencio es la mejor corroboración de las acusaciones de Prada; es la aprobación tácita que los cobardes i los delincuentes acuerdan á su libro. Sólo ante la verdad, proclamada por un espíritu immaculado é intangible, enmudecen i tiemblan los pecitos. Quienquiera que no fuese Prada no habría publicado *Horas de Lucha* sin ser devorado por los chacales i los zorros. El es el único hombre que aquí, i quizás si en todo Sud América, puede hablar el lenguaje de los dioses sin temor de represalias: porque él ofrece su propia vida como ejemplo i como reproche. I ahí es invulnerable é intangible. Su nombre, sus actos i sus libros será lo único que sobreviva en la historia literaria i política de esta época de luchas mezquinas i fratricidas.

Glorifiquémosle i procuremos imitarle.

He dicho.

Discurso del Sr. Juan de Dios Bedoya

Señoras, señoritas, señores:

Ha correspondido á un grupo de amigos y admiradores del señor don Manuel González Prada organizar esta fiesta, sencilla, pero significativa, como débil homenaje á sus merecimientos y á sus virtudes.

En estos tiempos de claudicación y apostasia, en que se han pospuesto los ideales de regeneración humana á la conveniencia personal ó al medro, puede considerarse un fenómeno psíquico encontrar hombres que no hayan desertado de las filas liberales, humillados, cuando no vencidos, por la voráGINE clerical en que se han sumido las más risueñas ilusiones de los que, en tiempo no lejano, formaron la vanguardia de la juventud intelectual de Lima.

Estaba yo lejos del Perú cuando la Unión Nacional, en todo su apogeo, marcaba nuevos rumbos al país, que hacían esperar el advenimiento de un orden de cosas en armonía con el progreso y la cultura de que disfrutaban otros pueblos más viriles.

Llegaron hasta mí los ecos de los vibrantes discursos del "Patriarca del radicalismo peruano"; leí ávidamente el hermoso programa del nuevo partido y desde entonces me consideré como parte integrante de él, guardando, en mi fuero interno, ferviente admiración y cariño por el hombre que, cual Mesías bíblico, debía libertar á nuestro pueblo de las preocupaciones religiosas de tres siglos.

Mi decepción fué tan grande como el entusiasmo que había sentido en el extranjero, cuando, al abandonar mi voluntario destierro, supe que de la Unión Nacional apenas si quedaba el nombre...

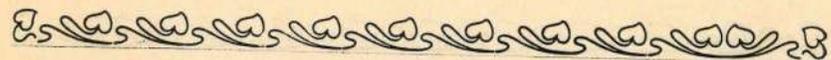
Sólo había sido un grato ensueño, una pasajera brisa bienhechora, que fué barrida por el simoún del obscurantismo.

No es este el lugar ni el momento oportuno en que pueda analizar las causas por que el partido radical se halla en cuadro.

Sin ser optimista, abrigo la esperanza de que pronto, talvez, vengán días mejores para esta desventurada patria, libre en apariencia, pero en verdad esclava del Vaticano.

Me autoriza á creerlo así el convencimiento que me asiste de que la simiente lanzada por el autor de "Páginas Libres" y "Horas de Lucha" ha caído en suelo fecundo, que sabrá vigorizarla.

Sus frutos no son para el presente: pertenecen al futuro, á las



generaciones venideras, que son las llamadas á demoler el secular bastión de la intransigencia y de la mentira.

Hermoso ejemplo el que da á sus conciudadanos el señor González Prada.

De ilustración vastísima y talento bien cultivado, ninguno con más aptitudes que él para labrar la felicidad de este pueblo; pero moderno Cincinato, hace el bien, cumple su deber y huye de la gloria.

No maneja el acero homicida, símbolo del despotismo y sostén de los tiranos; el arma que él esgrime es más poderosa y temible: es la que en 1789 proclamó los Derechos del Hombre y puso la cabeza de Luis XVI en manos del verdugo; es la que abolió la Inquisición, aquel fatídico tribunal que en nombre de Dios asesinaba al mundo; es la que combate el fanatismo; es la pesadilla de los sátrapas monárquicos y republicanos; es la pluma que apostrofa las injusticias; es el verbo redentor de las multitudes.

Por eso el Maestro, sublime en sus iras cuando increpa toda la maldad que apuntala la sociedad decrepita y carcomida, se presenta ante nosotros con la sonrisa filosófica de Voltaire ó con olímpica indignación, cual otro Alfieri.

Así queremos verle siempre: sin desmayar en la contienda, arrancando la careta á los menguados, sin soltar el látigo fustigador de esa nefasta trinidad compuesta por el capitalista sin conciencia, el político logrero y el abominable fraile.

La altísima labor de González Prada, más que en el Perú, se le reconoce y aprecia como vale en el extranjero.

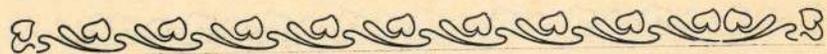
Y la razón es obvia:

Aquí,—fuerza es reconocerlo,—el talento, las virtudes ciudadanas y el puritanismo en las ideas sirven, más que de galardón, de escarnio entre aquellos que amoldan su modo de ser y de pensar á las exigencias del estómago y marchan siempre en demanda del vellcino de oro.

¡Desdichado del que siendo liberal de convicción se atreva á manifestar públicamente sus opiniones! En derredor de sí se hará el vacío, porque, fatalmente, en el Perú es poco menos que un delito no pensar en materia religiosa como piensa el vulgo.

Yo sé que mis palabras tienen que levantar una protesta sorda entre los pseudo patrioterros de cerebro vacío de ideas y pecho cubierto con detentes y escapularios; pero me halaga la certeza de que hallarán favorable acogida en las personas que, alejándose del medio ambiente que nos rodea, hagan al respecto un análisis frío y razonado.

En otro país que no fuera el nuestro, González Prada podría



haber realizado una evolución salvadora. Apóstol de la democracia, pero de la democracia sin conventos y sin clérigos, debió haber encauzado al pueblo por el sendero de las libertades.

No obstante, si no en la forma que deseáramos los que aun permanecemos fieles á la doctrina, su influencia se deja sentir en la Universidad, en la juventud que sigue los progresos del siglo y en algunos centros obreros.

Entre nosotros, más que en ningún otro país de la América del sur, existe una casta parasitaria, que es la generadora de los males que nos abruma: me refiero á la sacerdotal, á esa legión de vagos tonsurados que consumen por ciento y sólo producen aberraciones.

Los secuaces de la curia, los sempiternos mistificadores de la verdad razonada han dado en la ridícula manía de convertirse en censores despiadados de la personalidad de González Prada

¡La oruga queriendo remontar el vuelo y dominar las alturas en donde sólo impera el águila!

Impotentes en su propaganda, los místicos histriones en vano publican en sus hojas y desbarran desde el retrete de la difamación y de la impostura todos los denuestos de que es capaz un hombre que confiesa y que comulga.

Inútilmente en sus corrillos y aquelarres, apelando á su recurso favorito: la diatriba, trataron de ridicularizar,—ya que no podían impedir,—la imponente manifestación que hoy hacemos al pulverizador de sus absurdos y de sus dogmas.

Bien sabían que esta velada, esencialmente doctrinaria, es, no sólo un tributo de admiración al luchador y al amigo, sino también el más solemne mentís á la especie por ellos propalada: de que en el Perú no hay más ideal que el católico-romano.

Pueden convencerse esos bienaventurados, que con la misma facilidad con que se tragan una hostia pisotean una honra, que no es necesario proveerse de la linterna del filósofo para hallar un radical de convicciones.

Por fortuna, no todo está perdido en esta tierra. Aún queda un núcleo de hombres conscientes é ilustrados que enarbolan el pendón del pensamiento libre, dispuestos á presentar batalla al ejército negro.

Deber nuestro es batirlo en sus reductos más formidables. El éxito depende de la unión y de la buena voluntad para hacerlo.

Trabajemos con empeño por que deje sentir su benéfica acción la Liga de Libre Pensadores; arrebatemos á la mujer del confesonario, de ese antro de prostitución y de ignominia, que empaña la pureza de la virgen, cuando no la envilece y la degrada; organicemos

conferencias periódicas y llevemos á la tribuna á los viejos luchadores, para que alienten el vigor de los que han dado tregua al común enemigo; y sólo así podremos contener el turbión clerical que amenaza arrollar al Perú entero.

Réstame hacer mención de "Horas de Lucha", tema á que debía haberme concretado, en cumplimiento del honroso cometido que me encomendó la Comisión Organizadora.

Pero ¿quién soy yo para hacer la crítica de un libro del estilista de la palabra, del más ilustre escritor americano?

¿Que podría decir en este discurso que no resultara pálido reflejo del mérito intrínseco de ella, como joya literaria y heraldo de las ideas emancipadoras?

¿Qué podría decir yo de esa obra inmortal, debida á la pluma del glorioso émulo de los Cervantes y los Montalvos?

A otros, con más méritos y aptitudes que yo, humilde soldado del periodismo que defiende noblemente el credo radical, séale permitido esbozar las bellezas de ese libro, honra y prez de la cultura intelectual peruana.

Poesía del Sr. Juan Tassara.

Á MANUEL GONZÁLEZ PRADA

—Leyendo "Horas de Lucha"—

Luchar es tu destino!... Tú alma es espartana,
por eso se complace en el combate rudo;
por eso te veremos, tanto hoy como mañana,
"con el escudo siempre, ó bien, sobre el escudo."

Tu lanza es la palabra y la verdad tu espada,
con ellas á los malos sin compasión fustigas,
y tu coraza ha sido tu vida immaculada,
contra la cual se embotan las lanzas enemigas.

Tu palabra vibrante como clarín de guerra
desdeña la hojarasca, ampulosa y oscura,
y así, desnuda y libre, la verdad que ella encierra
se hace más sugestiva, más hermosa y más pura!

Los jóvenes escuchan tu voz entusiasmados,
los cuervos de sotana contestan con graznidos,
maldicen los tiranos y tiemblan los malvados
¡y sólo los hipócritas se tapan los oídos!...

Tu voz los poderosos desdeñarán acaso,
jamás á los apóstoles se unieron los señores;
mas, ¿qué importa si al cabo la verdad se abre paso?
¿si Cristo fué seguido por doce pescadores?

No estás solo en la lucha, te acompaña la ardiente
simpatía de aquellos que al Ideal aspiran;
son pocos, pero todos son buenos y valientes:
te llaman su *Maestro* y en tu verbo se inspiran.

La fe en los ideales distingue tus acciones,
jamás te doblegaste por nada ni ante nada;
¡el guerrero valiente no cuenta las legiones
y lucha mientras puede manejar una espada!

No es censurable nunca ser demasiado altivo;
y aunque es verdad que sólo el que se arrastra medra,
nadie pretendería acusar con motivo
al empinado roble no haber nacido yedra.

La verdad es tu emblema, tu culto verdadero,
y la expones sin miedo, sin trabas enojosas;
acaso tu elocuencia estriba en ser sincero
¡por eso tus palabras parecen luminosas!

Aquel que al escucharte revuélvese indignado
é insulta tus pendones y escupe tus banderas
será forzosamente hipócrita ó malvado;
¡tan sólo aman la sombra los buhos y las fieras!

Sólo á los necios cabe el acusar de lleno
tu obra reformadora de utópica é insana;
¡no hay hora prematura para sembrar lo bueno;
lo que hoy es utopía será verdad mañana!...

Trabajo, fe y constancia!... con estos talismanes
los hombres alcanzaron sus triunfos más grandiosos;

las Esfinges no fueron labradas por titanes,
ni las grandes Pirámides, trabajo de colosos.

Adelante, Maestro!... Por entablar aún quedan
combates que requieren esfuerzos no pequeños.
¡Luchar es tu destino... felices los que puedan
ver al fin transformados en realidad tus sueños!

Adelante! Si acaso la Verdad triunfadora
arrolla en su camino una que otra creencia;
¡no importa... adoptaremos cuando llegue esa hora
por patria el Mundo entero, por religión la Ciencia!!!



Discurso del Sr. José Pardo y Castro

Permitid, señores, que un desconocido para vosotros, uno de los soldados de última fila de la legión meritísima que consagra sus desvelos á la santa causa de la Libertad, que constituye el único ideal de su vida, lleve su humilde voz al concierto de las vuestras para entonar el *hosanna* en loor de uno de aquellos seres, honra de la humanidad, que atraviesa hoy por nuestro planeta, llevando en su frente la luz increada del genio y dejando en pos de sí esa mirífica estela que se llama Gloria.

Sí, señores, soy un desconocido para vosotros; pero en cambio vosotros no lo sois para mí, porque desde muy niño he aprendido las gloriosas páginas de vuestra historia, y en ellas he visto que hay muchos puntos de contacto en que se compenetrán nuestros anhelos: pensáis y sentís como pienso y siento yo.

Nuestros ideales son los mismos, aunque para alcanzarlos hayamos tenido que recorrer distintos senderos.

Vosotros, quizá por efecto biológico, sin duda porque habéis nacido en este hermoso suelo que se desarrolla sobre el cráter infinito de un volcán, cuyo fuego inextinguible arde en vuestras venas, emblema de las tempestades y de las barricadas, enarbolásteis la enseña roja: la que simbolizó las luchas de esa época de luz que inundó el mundo en los albores de la libertad en 1789. Yo, nacido en aquel rincón tranquilo de la hidalga España, en mi adorada Galicia, tierra de ensueños y añoranzas, de belleza y poesía, en que predo-

mina la calma, combatí á la sombra de la bandera blanca, silenciosamente, por el más grande, por el más augusto de los ideales: la libertad. ¡Sí, la libertad, ese principio immaculado, orgullo del hombre, es el resumen, el compendio, la síntesis de todas las aspiraciones humanas! ¡Sí la libertad, esa facultad excelsa que coloca á todos los individuos en iguales condiciones, es la que tienen los seres para obrar con absoluta independencia en todo aquello que no se oponga al derecho de los demás! ¡Sí, la libertad, esa incansable generadora de las ideas, es la lógica consecuencia de la vida y del progreso, que permite al hombre hacer uso de sus fuerzas y de su actividad en el más amplio sentido de la palabra! ¡Sí, señores, la libertad es el poema más grandioso, el más elevado, el más augusto de la vida y la suprema aspiración de todos los individuos y de todas las sociedades, que, con el andar de los años, borrará para siempre un luctuoso pasado de tiranía, de oprobio y de estultos prejuicios!

Y no creáis que esos dos colores puedan excluirse; muy lejos de ello. Unidos forman esa gloriosa bandera que os guió en la victoria; que sirvió de sudario á vuestros héroes y la misma que sabéis mantener incólume en el camino del honor.

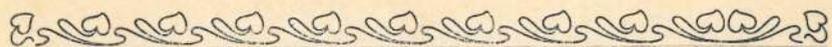
Ya lo véis, hemos luchado por la misma sacrosanta causa: la causa de la humanidad. En tal concepto somos hermanos.

Pero todavía existe algo más de común entre nosotros:

Amáis, con esa santa intensidad que germina en las almas levantadas, con el amor de vuestros amores, este privilegiado suelo americano en que se meció vuestra cuna. Hacéis bien, porque en verdad lo merece, pues esta América, señores, esta Gran Patria, asilo de todos los hombres que buscan libertad y trabajo, enérgica y viril, progresista y liberal, puede ostentar como bizarro ejemplo una brillante historia de nobles enseñanzas, que levantan su nombre, orlado con el nimbo de la gloria, al radiante cenit de la epopeya; sus hijos, trabajadores y activos, dignos y honrados, generosos y cultos, traen desde la cuna fulgores de altruismo y llamaradas de entusiasmo para todas aquellas grandes ideas en que irradia, con esplendentes rayos, lo grande, lo bello, lo sublime.

Yo te saludo, América querida, que, sonriente á la sombra de tus admirables tradiciones, has venido siguiendo el camino de la civilización y del progreso, y continuarás marchando por él, resuelta y firmemente, destruyendo vallas y cantando himnos de triunfo, hasta llegar á la cumbre para la conquista santa, augusta de la emancipación de todas las conciencias, donde brilla sin eclipse la luz de la verdad.

Y como vosotros, señores, yo también la amo con todo el ardor de mi alma, con el cariño de mis cariños. Y cuando allá, en



los benditos lares de mi cara y gentil Galicia, en aquel pedazo de tierra idolatrada, en el que constantemente tengo pensamiento y corazón, contemplaba la inmensidad infinita del océano, mi mente soñadora se imaginaba á este otro lado un paraíso sin rival en el Universo; y creedlo, señores, un poder irresistible, una fuerza misteriosa me impulsaba á cada instante, infundiéndome valor y energía, para lanzarme por la misma senda que mis mayores, hombres áridos como las rocas de vuestras montañas, fuertes como el hierro de vuestras minas, altivos como vuestros majestuosos Andes, que, siguiendo por ignotos rumbos, llegaron á estas paradisíacas regiones, donde plantaron el árbol del sacrificado en el Gólgota, en armonía con las creencias de la época. Sí, señores, amo este suelo como lo amáis vosotros, porque en él, como dijo el poeta: "No hay un puñado de tierra sin una tumba española". De ahí el que nos confundamos con recuerdos y cariños.

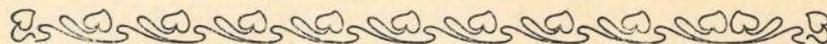
Existe aun otro vínculo más que nos liga íntimamente. Escuchad:

Cuando en mi infancia, en época no muy remota, me iniciaba en las lides del saber humano, mi docto y querido maestro me hablaba á porfía de esos hombres que deslumbran á las multitudes con sus geniales creaciones; y al hablar de las bellezas incomparables que encierra la gaya literatura castellana, decía: "Muchos son los insignes varones que ha tenido; pero por encima de todos ellos se destacan tres figuras grandiosas, excelsas, sublimes: Miguel de Cervantes, Juan Montalvo y Manuel González Prada." Trinidad augusta ante la cual me descubro respetuosamente.

De esta trilogía, señores, no nos queda más que González Prada, el estilista inimitable, el pensador eximio, el luchador pujante y viril, hacia el cual convergen mi admiración entera, mi más fervorosa simpatía, en quien se armoniza la sabiduría con la sencillez. Ahí le tenéis, contempladle y veréis que á su continente une la más natural ingenuidad, á su elevado porte la más encantadora modestia.

Ved, pues, si existe entre nosotros ese vínculo más; y de ahí el que no pueda ser exótico en esta manifestación que, como homenaje, rendís al gran Maestro González Prada, objeto para mí de verdadero culto, como ya lo he dicho.

Pasaron algunos años. Un día, por fin, emprendí el camino que tanto anhelaba, y con el arribo á las hermosas playas de esta América ví colmados mis ardientes deseos; y al llamar á sus puertas éstas se me abrieron al punto, libre y espontáneamente, dándome la más franca y cariñosa hospitalidad. Y os confieso, señores, que la realidad superó á mis ensueños: es tan bella, tan hermosa, que los ojos se deslumbran ante los raros panoramas de sus campos, donde auras



y florestas prodigan los encantos de un verdadero paraíso, y cada una de sus flores es un himno que brota de la tierra, cada árbol una estrofa, cada bosque un poema de armonías, en donde los poetas se han inspirado para templar los acentos melodiosos de su lira, cuyo conjunto forma un Edén; las flores son su perfumado incensario, los vergeles su adorno, y su música las argentadas notas de los arpegios del ruiseñor. Y en medio de tantas maravillas y encantos, bajo un firmamento eternamente azul, para que nada faltase á tanta belleza, brillan radiantes de hermosura, como astros refulgentes, sus mujeres dignas y nobles, que con el mágico primor de sus hechizos, en competencia con los de la naturaleza y del arte, constituyen sus verdaderas deidades; pero donde está todo el timbre de su gloria y de su grandeza y que corona todas sus regalías, es en el primer grito de rebelión dado por los mártires de su libertad contra el despótico tirano que la tenía sumida en la más odiosa servidumbre y contra esa funesta teocracia que le imponía sus absurdas doctrinas por los medios más oprobiosos y repugnantes, contrarias á los principios proclamados por la Gran Revolución Francesa.

Pues bien, señores, esta Libertad, que tanto amamos los espíritus libres, no se hubiera consumado sin el generoso esfuerzo de aquellos valerosos campeones, con los cuales se tiene una deuda de gratitud que cumplir. Yo, señores, aprovecho esta ocasión para pedir al emizente hombre, á cuyo alrededor nos congregamos en este momento, que con su vibrante y autorizada pluma inflame los corazones de los hijos de América para que levanten á la memoria de esas víctimas un suntuoso y único monumento. Va á celebrarse el centenario de aquella magna epopeya; todas las repúblicas se preparan para hacerlo dignamente; pero me parece que la forma más gloriosa de verificarlo sería pagando esa deuda sagrada que con ellos se tiene. ¡Será, señor, un servicio más que prestéis á la causa de la justicia y de las reparaciones!

No he admirado tan sólo las bellezas y los encantos naturales que América encierra. También su grado de progreso y cultura han llamado mi atención. Y allá, en la tierra de Alarcón y de Juárez, fué donde empecé á comprender que América será la heredera de la civilización y la señora del universo en un futuro no muy lejano.

Mi espíritu inquieto, mi mente soñadora, ávida de contemplar nuevas maravillas y gustar de los éxtasis de las bellezas y panoramas que por doquier natura nos ofrece, me empujaron hacia el Istmo de Panamá. Cuando llegué á él y vi las obras que allí se efectúan, debidas al genio de la ciencia, no pude por menos de exclamar:



Hé aquí la llave de que ha menester el mundo de Colón para el desarrollo de su poderío y grandeza.

Así fué, señores, cómo, por último, mi bordón de peregrino golpeó á las puertas de la mágica Lima, la ciudad morisca, de tradiciones encantadoras; y al abrirme galantemente sus puertas busqué con avidez al varón esclarecido, al hermano espiritual de Cervantes y Montalvo; y sentí, señores, al contemplar su cabeza apocalíptica, rodeada de nimbo esplendoroso, el mismo arrobamiento que nos sobreviene en presencia del colosal Himalaya coronado de brillantes. Y mi admiración á ese hombre inmaculado no reconoció límites cuando supe hasta qué punto llegaban sus virtudes privadas, que desdeñaba los oropeles del poder, de ese poder que es el blanco de todas las ambiciones y en el cual él hubiera reunido á la sencillez de Cincinato el espíritu liberal de un Juárez, á la cultura y moralidad de un Franklin el arte de gobernar de un Pericles; y que había preferido replegarse á su hogar, digno de Aristides el Justo, santuario de todas las virtudes, en el que reina nobilísima dama, cuyo único afán está cifrado en que el fruto de su amor beba la luz en las radiantes pupilas del hombre excelso de quien es consuelo.

Señores: González Prada no solamente es el estilista incomparable, el artista por excelencia de las bellas letras: es también un profundo y vigoroso pensador, amante de la ciencia y de las leyes evolutivas del progreso y del perfeccionamiento. Y hoy que todos nos aprestamos para su conquista en las nobles batallas del pensamiento, para desterrar la ignorancia y destruir preocupaciones, González Prada, señores, es uno de sus primeros adalides.

Y ello no podría ser de otro modo. Porque ¿quién no ama el progreso, ese vehículo de la civilización humana? Astro luminoso del pensamiento, él será el que ilumine nuestras inteligencias en medio de las tinieblas que aun nos circundan y el punto de apoyo para las grandes batallas que se aproximan. Pero el progreso, señores, ¿qué es, qué significa?

No quisiera fatigar más vuestra atención; pero ya que os mostráis tan indulgentes conmigo, os suplicaré me la prestéis un instante más para, ligeramente, deciros algo acerca de ese gran factor social que llamamos progreso.

Progreso, señores, significa todo adelanto, toda evolución, toda tendencia hacia el perfeccionamiento; la marcha constante de las generaciones humanas, por la cual van obteniendo más ilustración, más libertades, más goces. Todo conocimiento adquirido es un progreso realizado, y asimismo el desvanecimiento de errores sufri-



dos hasta el momento de aquella adquisición. Una verdad sabida es manantial de muchas otras verdades y á la vez ariete destructor de gran número de preocupaciones. Así, sucesivamente, se ha formado la sabiduría humana, por la cual, aplicada á la vida individual y colectiva, ha podido el hombre desde la animalidad pura elevarse al rango del ser más consciente, caminando hacia la realización del estado social más posiblemente perfecto. Esta evolución constituye, pues, la ley natural del progreso. Y como ley natural, ciertamente que es incontestable; ella llegará á la efectividad de las grandes concepciones, de los sublimes ideales que la envuelven como luminosa aureola, cuyos brillantes fulgores arroban los corazones que palpitan por la justicia y son para los que sufren consoladora esperanza.

Pero las montañas que han fabricado la ignorancia y la arbitrariedad en toda la faz de la tierra proyectan sombras inmensísimas que no puede iluminar todavía el progreso. Se hace necesario el esfuerzo y la labor de todos los buenos para destruirlas, á fin de que la hermosa luz penetre en todos los lugares. Encaminadas á este objeto son las obras maestras de González Prada. En ellas aprendamos la ruta que debemos seguir.

Las fuerzas que se oponen al progreso, y, por lo tanto, al bienestar de la sociedad, son los intereses creados y la ignorancia; en otros términos: el espíritu de dominación en unos y la inconsciencia en otros. Sin esto, podemos afirmarlo, hace mucho tiempo que viviríamos mejor que en la actualidad.

La historia nos demuestra que el descubrimiento de una verdad, que la corrección de un error han costado grandes esfuerzos, energías individuales de mucha potencia. Pero una vez enseñada esa verdad, para bien de todos, parece que lo lógico sería que la sociedad entera se apresurase á poseerla y admitirla, elevándose hasta ese grado de perfección; sin embargo, ocurre lo contrario con las masas populares, pues por falta de preparación, ó porque sus aptitudes y energías están aletargadas por la obra de tiranía y explotación, el caso es que se resisten á creer cuanto se sale del rutinarismo, trastornándole cualquier novedad, sobre todo—como buen ignorante—si ataca sus quimeras y preocupaciones, y acoge de una manera admirable la propaganda de sus engañadores, que no cesan de decir que toda reforma y todo reformador no pueden causar más que la ruina de sus dioses, de sus creencias y de sus afecciones. Y el ejemplo de esta aseveración lo tenemos muy reciente en la libertaria Francia.



De este modo es como logran los enemigos de la verdad verse aplaudidos cuando hacen auto de fe del hereje, que es un sabio; cuando persiguen y deshacen al valeroso campeón de la libertad; cuando excomulgan, encarcelan ó sacrifican á todo el que se atreve á leer un solo escrito que contenga algún pensamiento emancipador. Y lo que en todos los tiempos ha ocurrido, sucede hoy también, en la posible efectividad que es dable. Que cada uno haga memoria y se le ofrecerán en todas partes leyes de excepción, procedimientos especiales, supresión de garantías, persecuciones y martirios aplicados contra toda injusticia; esto aparte del inmenso trabajo de propaganda que efectúan todos los órganos de las clases privilegiadas para desprestigiar y metamorfosear las doctrinas que no les convienen.

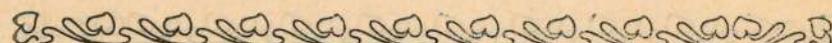
Ya véis, señores, cómo de este ligero bosquejo se deduce que el progreso no se efectúa sino por el poderoso esfuerzo individual, cuya voluntad y decisión son superiores á las crueldades de arriba y á las cobardías de abajo. Estudiando los movimientos políticos ó sociales de todos los pueblos, se llega al pleno convencimiento de que todas las grandes conquistas del progreso fueron realizadas tan sólo por algunos hombres, por una minoría de individualidades.

Estas enseñanzas de la historia no son para olvidadas. Deben meditar en ellas cuantos no se avinieren con la pasividad del esclavo y aspiran á que la emancipación humana sea un hecho.

Además, debe tenerse bien en cuenta que en la idea reside toda la fuerza. Es el cerebro el factor decisivo. La fuerza material nunca ha sido nada ante la idea. Convenced á las gentes y no habrá poder capaz de dominarlas.

Pues bien, si la idea es la fuerza suprema, propaguémosla incesantemente y el triunfo coronará nuestros esfuerzos y la evolución se irá efectuando á pesar de todos los obstáculos; la decide el progreso; la impone la necesidad y la historia; la tiene resuelta la Ciencia. Y si esto es cierto, como efectivamente lo es, debe cumplirse la aspiración consagrada por la gran epopeya del 93.

Ya que en nuestro ardoroso entusiasmo por ese principio evolucionista hemos llegado hasta aquí, descendamos algo, muy poco, del conjunto histórico á la particularización de un determinado período, olvidando las leyes sociológicas, interesados todos en las peripecias de la continua lucha, que en cierto modo nos



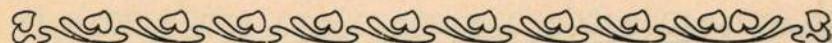
impide pensar en el pasado y vislumbrar el porvenir, la vacilación, la incertidumbre, el constante variar de táctica y de medios, las impaciencias de unos, las exageraciones de otros, en todo ello parece como que se ha perdido la brújula y que la más grande insensatez se hubiese apoderado de nosotros; y, no obstante, es natural y fructífero. Pues así como el constante movimiento produce los bellos panoramas de la Naturaleza, del mismo modo en la sociedad humana esa especie de torbellino de voluntades que se agitan continuamente prepara los entendimientos y determina las voluntades para la nueva evolución y ocasiona al fin la reunión de los elementos, la buena inteligencia de esas minorías valiosas, suficientemente aptas para interesar á su causa á una parte de la masa bastante á contrarrestar las fuerzas contrarias y vencerlas, é implantar el nuevo orden de cosas, que constituye la aspiración de los amantes del progreso.

Señores: para alcanzar todo esto inspirémonos en el ejemplo de González Prada, que no descansa un momento, y como testimonio elocuente de ello ahí está su última producción, "Horas de Lucha", cuyo triunfo celebramos, pues comprende que lo que se necesita para ir derechamente á la conquista de este hermoso ideal es trabajo, movimiento y ciencia.

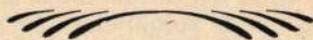
Señores: He dicho que el hogar de nuestro Maestro es centro de todas las virtudes, es cierto. Pero por encima de todas estas virtudes sobresale una que en los tiempos que corremos lo hace más digno de admiración: la de sustraerse al aplauso. Sí, señores, allí, en ese hogar feliz se oculta un tesoro de inestimable valor que se roba á la admiración del mundo; solamente alguna que otra vez se nos obsequia con brevísima parte de él para deslumbrarnos, á imitación del Jove de la teogonía politeísta, que sólo fulminaba el rayo dé su omnipotencia para asombrar á los mortales. Yo os invitaría, señores, á arrebatarse ese tesoro, reduciendo á la impotencia, con la cadena de flores de nuestro cariño y veneración á su poseedor inmortal. Mas ¿quién el osado que posaría la profana planta en uno de los tabernáculos augustos de la Ciencia y de las Letras?

Perdonad, insigne Maestro, si van mis justísimas palabras á herir uno de los sentimientos que con mayor intensidad vive en vuestra alma privilegiada; pero vos, señor, como todos los grandes hombres, que con sus maravillosas creaciones asombraron al mundo, estáis condenado al suplicio de la apoteosis.

Para terminar, señores, séame permitido hacer mía la frase sublime con que el inmortal autor de "Páginas Libres" honró al gran poeta del siglo XIX:



“Víctor Hugo—dijo—es el Napoleón de la pluma, como Napoleón es el Víctor Hugo de la espada.” Yo, con igual justicia, con mayor tal vez, sin vacilación ninguna, diré: Manuel González Prada es el Caballero sin miedo y sin tacha de la literatura, como Bayardo es el González Prada de la guerra.



Discurso del Sr. Angel Origgí Galli

(Apuntes sobre el radicalismo evolucionista)

I

“Hemos nacido en el período más difícil y menos glorioso, en el período de transición.”

Este pensamiento de Gustavo Flaubert pone de manifiesto un hecho innegable ya: que la humanidad en sus incesantes revoluciones se halla en los umbrales de un nuevo período social. Por esto, “en vista de la ciudad nueva”—dice de Amicis—escribía desde París un cronista argentino refiriéndose á las multitudes: se encuentran sentadas sobre las ruinas de todas las verdades á la espera de una nueva verdad.”

La revolución del 89 marcó una fase del progreso social, estamos en vísperas de otra nueva. Ignoramos aún cómo vendrá y el punto del globo donde resonará su primer grito; pero al decir de Anatole France, “la sociedad futura nos promete un poco más de justicia y de felicidad.”

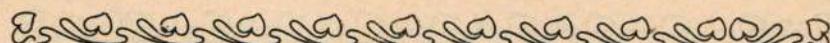
La policía rusa no logra sofocar esa rebelión oculta que, desde las matanzas sobre el Neva, no deja pasar un solo día sin demostrar su actividad con una venganza ó con un sacrificio.

Por las ciudades turcas, las mujeres, libres del atávico terror al serrallo, discurren con el rostro descubierto.

Los pueblos no se contentan con censurar á sus gobernantes apedreándoles, como en Barcelona; cuando no les convienen proceden á libertarse de ellos, sin reparar en los medios, como en Lisboa.

Todos estos síntomas proclaman el ansia de la humanidad presente por alcanzar una nueva organización más amplia y generosa en la distribución de los bienes de la vida.

Esta misma ansia es el resultado de las lucubraciones intelectuales de más de un siglo de estudios é investigaciones incesantes.



Así como la era que empezó con la proclamación de los Derechos del Hombre se incubó al calor de las ideas de los enciclopedistas del siglo XVIII, la era futura nacerá al calor de los triunfos filosóficos del siglo pasado y del presente.

Si aquélla derrumbó las viejas instituciones y rompió sus leyes, ésta, forzosamente, habrá de destruir códigos é instituciones actuales para establecer sobre ellas instituciones nuevas y nuevos acuerdos humanos.

Su más sólida garantía son los hombres que la proclaman.

Hasta hoy la ciencia política se limitó al conocimiento de leyes y estatutos.

El mejor político fué el que mejor las poseyó para mejor burlarlas. El mejor diplomático fué el más astuto y el más ladino.

La intriga y la falsía, hé ahí las bases de la política y de la diplomacia.

Para llegar al pináculo de ambas carreras no hicieron nunca falta grandes dotes de ilustración, de versación científica; sólo se requirieron verbosidad y débil rectitud de espíritu, aunadas á una cierta dosis de arrogancia moral y falta de escrúpulos. Cualidades que así formaron un Cánovas como un Crispi.

En el perpetuo lío político de los pueblos de Europa, los políticos, cuando tienen color definido, no representan sino las aspiraciones de un grupo determinado, ya se llame conservador, liberal, demócrata, progresista; nombres vagos que hoy expresan una cosa y mañana otra. Entre ellos puede fluctuar cualquier aspirante sin grandes alteraciones fundamentales en sus principios.

Todos ellos con idénticos programas y sin diferencias notables en su fondo no llevan otro objeto tangible que desalojar del poder al grupo imperante para sustituirlo.

No importa que sus hombres, si llevan un concepto distinto respecto á algún tema de ocasión de más ó menos vago interés, hayan surgido de igual manera y sostengan los mismos principios sustanciales en cuanto á las prácticas gubernativas.

Son vinos rotulados de diversos modos, pero de una común procedencia. El sabor más ó menos acre de cada uno, obtenido por la preparación industrial, disimula al paladar la viña originaria.

Figuran á la cabeza del actual movimiento, sabios y filósofos de fama universal, las reputaciones más honrosas de los pueblos de Europa.

En la lucha no levantan el pendón de un partido político, encarnan un alto idealismo de reforma universal, comprendido y meditado en el laboratorio, en el gabinete, en la contemplación de la vida presente.



En España hemos visto á un Pi y Margall; en Italia, junto á un filósofo dela talla de Juan Bovio, Sergi, el ilustre sociólogo, cuyos libros sirven de textos en las Universidades extranjeras; Alemania nos muestra á un sabio venerable y jamás fatigado, Ernesto Haeckel; una briosa propaganda pacifista denuncia á la Baronesa de Süttner en Austria; Herbert Spencer, ese coloso del pensamiento, no desdolió inmiscuirse en las luchas políticas de Inglaterra

En Francia, iniciadora de libertades y guía de pueblos, una cohorte brillante sale á nuestro paso: sabios, filósofos, literatos. Allí un Zola, un Littré, un Eliseo Reclus, un Berthelot, un Mirbeau, un Anatole France.

En esa tierra generosa, lista para todos los sacrificios por la libertad, una evolución se ensaya.

El espíritu francés, acostumbrado á representar siempre el punto más avanzado de la evolución humana y á hacer siempre suyas sus nobles causas, no ha querido quedar rezagado.

El evolucionismo político ha tenido su primera manifestación en la República de Loubet, Combes y Fallières.

Innovación vacilante aún, lenta y sin carácter completamente marcado; pesan sobre ella, estorbándole al paso, con las veleidades del alma humana, los prejuicios de un método social, en el cual vivimos y que es preciso ir destruyendo, sin que los que nos rodean se den cuenta de las ruinas que van amontonándose en sus caminos.

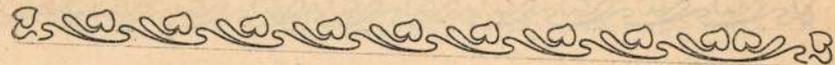
Obra portentosa en la cual naufragan muchas voluntades y muchas conciencias y que requiere obreros de un temple poco común. Desgraciadamente, éstos no se producen á granel en ninguna parte.

Una vez dado el primer arranque, la realización de empresas semejantes es dura de alcanzar y pasa por vicisitudes insospechables, pero nunca van á caer en el vacío: la Historia no nos da un solo ejemplo.

Quizá si antes de mucho, de la República de Clemenceau, Briand y Viviani, surja la nueva República sin abogados de mala ley ni demagogos renegados que la desacrediten.

Ante las necesidades de la vida, ante los derechos humanos proclamados por los pensadores contemporáneos caen los viejos códigos y las absurdas constituciones; éstas, que fueron el *desideratum* supremo de los revolucionarios de hace un siglo, se han convertido en el objeto de la pasión demoledora de los reformadores de hoy día.

La humanidad exige una organización menos teórica, más sencilla y, sobre todo, humana.



Por esto Bovio pide á todo gobernante que, al ejercer sus funciones, tenga el pensamiento fijo en el porvenir, considerando que el tiempo en que vive no es sino un punto de paso obligado entre ayer y el mañana.

Sólo se puede aceptar una política de evolucionismo honrado.

Sin embargo, las hondas raíces del sistema político que hemos heredado de nuestros padres y sus grandes errores son un obstáculo para el libre desarrollo de una nueva sociedad.

Si al contemplar algunos países nos halaga la esperanza de una evolución justa y bien pensada, la mayoría, en cambio, nos sugiere la necesidad de la revolución, de la explosión violenta y completa que purifique el ambiente y socave añejas y vacilantes construcciones.

Tenemos una prueba en él, hasta hoy, vano intento de asentar sobre la tierra el principio del arbitraje obligatorio, base de la paz perpetua y cristalización fecunda del pensamiento de Kant.

La confederación de los estados europeos, evolución pacífica y hermosa hacia el ideal de Krause, tiene sus más encarnizados enemigos entre los políticos y soberanos del viejo continente, en el absurdo patriotismo vinculado en la plebe y torcidamente explotado.

Su realización sólo será posible el día en que el patriotismo deje de ser religión de odio para convertirse, conforme á la aspiración de Réclus, en religión de amor. De amor intenso al lugar fecundado por nuestro propio trabajo, al hogar en que vivimos, á los seres que nos rodean y comparten nuestra vida y nuestros afanes.

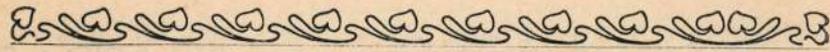
Sólo será posible el día en que, regidas las naciones por las inspiraciones populares, hayan rodado por tierra el último cetro con la última corona.

II

Corre por el mundo una teoría que, continuando hipotéticamente la marcha de la civilización emigrada desde las orillas asiáticas del Pacífico, á través de los continentes, traslada á América, en un porvenir remoto, su sede y emporio.

No pocos hombres de talento la amparan é infinidad de americanistas la erigen en orgulloso emblema.

Un poeta, Castellanos, en confusa visión la canta y sueña verla surgir imponente y triunfadora dictando lecciones al resto de la tierra.



Por esta vez, á trueque de negar á los poetas el don de profecía, fuerza es confesar que esa hermosa visión de una evolución universal nacida en nuestro continente no pasa de los límites de una brillante utopía forjada en el cerebro de un americanista fanático y poeta por añadidura.

No lo sería si sus colonizadores no hubieran dejado en él con sus pocas virtudes sus muchos vicios, si esta parte del globo se hallara algo más avanzada en la marcha del progreso y de la cultura universal.

América, centro de la civilización futura, según sus pensadores, se contenta en la actualidad con ser un débil reflejo de la vida europea.

En un siglo de existencia independiente sólo hemos visto formarse un pueblo robusto y viril; él nos da la medida de lo que pueden las orientaciones nobles y honradas de hombres de la talla de Washington, Jefferson, Franklin y Lincoln.

Desviado, bruscamente, ese mismo pueblo por senda distinta, es dudoso que continúe siendo muestra pujante del triunfo de la voluntad y de la inteligencia.

La América latina, por contraste, vive en un estado que, si no es el de la barbarie, tampoco es el de la civilización; ó, más bien, vive en una amalgama de ambos estados difícil de definir.

Los defectos de la organización social de los conquistadores, más que los de raza, han dado en esta porción del Nuevo Continente sus más odiosos frutos.

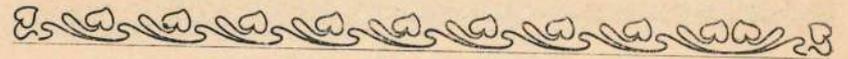
Los americanos del Norte aprendieron en sus colonizadores el amor á las empresas atrevidas, al triunfo de la energía y de la actividad.

Los americanos del centro y del sur sólo tuvieron por ejemplos en sus conquistadores: las intransigencias religiosas, las rencillas domésticas, las depredaciones escandalosas, el orgullo patricio.

Esas mismas y viejas causas que mantienen á España en el portal de Europa, como una protesta viviente de la cultura y el progreso del Viejo Mundo.

Pobre y triste España histórica, cuya existencia nadie garantizaría bajo los rudos y valientes ataques de los Salmerón, Lerroux, Blasco Ibáñez, Galdós y Lozano; en ella si no abundaron los conservadores á lo Campoamor, sobraron los liberales á lo Núñez de Arce.

Pero, volviendo á nuestro mundo, se oponen á hermosas esperanzas que sus pobladores pudiéramos concebir, la enorme desigualdad de su civilización; la existencia de tribus salvajes, todavía, en el interior de él, seres desconocidos que habitan en el seno



de sus inmensos bosques y á orillas de sus caudalosos ríos; las odiosidades de razas no confundidas y la desorganización moral de la parte culta.

Todas estas barreras requieren muchos años de paciente asimilación de la mentalidad extranjera y de continuas inmigraciones antes de lograr franquearlas.

Si en la parte septentrional han podido serlo parcialmente, en la meridional y la central permanecen firmes; y sin muestras de ceder á empuje derribador alguno, desafían á los vientos del adelanto humano.

Las grandes emigraciones europeas, fruto de los modernos medios de locomoción, tienden á ahogar las razas, confundiéndolas en una común hibridez, talvez si rica y provechosa para los pueblos del Globo en general.

Con estas expediciones recibieron Méjico y la Argentina, los dos estados de la región española mejor preparados para ello, las influencias física y moral de sus países originarios.

Sólo en estas Repúblicas contemplamos algunos destellos intelectuales en relación con las aspiraciones filosóficas y políticas contemporáneas.

Ignoramos de otros que no rindan, todavía, vasallaje torpe á las primitivas prácticas del caudillaje.

En conjunto, lejos de ese bello ensueño de americanistas y poetas, nuestro continente se encuentra en un punto muy lejano, no sólo de sus ideales, sino del camino que conduce á ellos.

A pesar de esto imaginémosnos, para regocijo de sus partidarios, que por una de esas sorpresas inconcebibles y que no suelen registrar con frecuencia los anales políticos de los pueblos, algún estado latino americano nos ofreciera el espectáculo de un surgimiento repentino y brillante.

Pero no en las vías de las doctrinas imperialistas yanquis, sino en las de un evolucionismo radical, amplio y sereno.

Hermoso horizonte se extendería ante un gobierno semejante, su influencia internacional sería irresistible y una propaganda moral eficaz y palpable se desprendería de su ejemplo.

En el campo diplomático, iniciativas y reformas hábilmente lanzadas, con perfecta concepción de su oportunidad y autoridad suficiente para sostener su triunfo, irían transformando el aspecto político del continente.

Su campaña llegaría á inspirar y establecer entre todos los pueblos una reciprocidad de simpatías y afectos que les predispondrían para ese gran sueño de una confederación continental.

Pero, pongamos punto á estas visiones luminosas de un porvenir imposible de alcanzar y que cuenta entre sus más encarnizados enemigos, repitámoslo siempre, como el célebre *Delenda Cartago* del orador romano, esa inmoralidad política y social que no desfallece y que así produce conservadores y liberales como los de Colombia cuanto radicales como los de Chile.

La regeneración de América será, durante muchos años todavía, un caso perdido.

Si un superhombre declaró á la locura patrimonio del genio, puede asegurarse que en cada yanqui afortunado alienta un *detraqué* del oro; en sus fantásticas correrías en pos de la fortuna avanzan hacia las regiones incultas de América, fecundando y llevando la luz, no por obra santa, ciertamente, allí donde sus gobiernos quisieron las tinieblas y la esterilidad.

A esta tarea, que si hay quien la tache de rapiña, también hay que considerarla civilizadora hasta cierto punto, ha quedado reducida esa gran obra de conquista continental que muchos espíritus timoratos creyeron ver á raíz de la invasión de Cuba y Puerto Rico.

Será necio negar que tal idea no haya cruzado por el cerebro de un Mc Kinley ó por el de un Roosevelt.

Si víctima de las genialidades de sus presidentes, la Gran Nación del norte se hubiera lanzado á tan desgraciada aventura, los pueblos de América hubieran encontrado en ella, quizás, una salvación que hoy estamos muy lejos de vislumbrar.

El odio á la tiranía de una invasión extranjera, la insurrección violenta y el esfuerzo moral necesario para rechazarla, sacudirían nuestro adormecida organismo y, como los soldados de Bonaparte, fanáticos de un déspota, iban dejando por los lugares que recorran los gérmenes de la libertad y de los derechos humanos, en igual contraste, los invasores americanos, en su dominio sobre las regiones semibárbaras del continente, echarían las simientes para una cosecha de moralidad y cultura más halagadora para estos pueblos.

Sería talvez uno de esos remedios dolorosos pero radicales, que frecuentemente nos presenta la Historia y que, con un bello arranque de altivez y gallardía, salvan muchos años de inconsciencia é ilotismo.

III

El primer acto de los españoles al pisar el imperio incaico fué el cobarde asesinato de Atahualpa: es decir, un ejemplo de traición y concupiscencia.

Apenas establecida la colonia, las disensiones de los dos conquistadores, su trágico fin para ambos y la sangrienta rebelión de Gonzalo Pizarro.

Estos ejemplos perduraron á través del Coloniaje y al proclamarse la Independencia la República los recibió como herencia fatal.

Herencia atávica, responsable de las aberraciones de nuestra vida política.

Fué menester la dura lección de una *débacle* nacional que nos sacara del analfabetismo político.

No en vano habían sonado entre nosotros los acentos de un Vigil, de un Mariano Amézaga, de un Quimper.

La juventud estudiosa y la juventud independiente se agruparon convocadas por la ardiente frase de un valiente fustigador de nuestros pasados vicios y escándalos.

Toda la juventud, en un raptó de lirismo, acusaba á las viejas generaciones prometiéndose las glorias de una obra de reconstrucción social.

Al cálido y vibrante acento de un himno vigoroso, brotado de un espíritu superior, una ardiente ilusión estremeció la República y no hubo corazón juvenil bien puesto que no soñara en una transformación radical y no creyera ver surgir en un plazo cortísimo una nueva nacionalidad pujante y orgullosa.

Ilusión que duró lo que la rosa de Millevoeye.

Cruel contraste el de esta juventud, que, no hacía mucho, hablaba de reivindicaciones y mostraba nobles arrestos y ya corría á prevaricar en aras de los vicios y de las corruptelas recién censurados.

Triste juventud en cuya conciencia asomaban ya las arrugas seniles.

A ella podría aplicársele un pensamiento de su antiguo ídolo: "Hombres de 25 años en la fe de bautismo y siglo y medio en el corazón."

Esta vergonzosa deserción de las filas del ideal puso en evidencia la decrepitud moral de nuestra juventud.

La herencia ancestral renació bajo la débil capa de cultura que la envolvía superficialmente y con más fuerza que la sinceridad de honradas convicciones, pesaron sobre su espíritu las tentaciones y los halagos del poder y del medro.

De una ligera y reciente polémica entre dos jóvenes escritores, de sinceros ideales ambos, hemos deducido una consecuencia dolorosa. En el Perú no puede arraigar todavía una campaña de principios.



Diste mucho de alcanzar esos ardientes anhelos el nivel moral é intelectual de masas torpemente atadas al execrable personalismo populachero.

Quizás, como uno de ellos, creemos que los pocos convencidos de un ideal superior deben ceñirse á una obra de propaganda lenta y pasiva entre esas masas sumidas en el limbo de la ignorancia.

En cuanto á esos millares de seres que pueblan nuestras regiones trasandinas, antes que llevarles convicciones, hace falta redimirles del irracionalismo en que, gobernantes sin escrúpulos, se empeñan en mantenerles.

Entre la parte ilustrada toda esperanza de resurgimiento va siendo una utopía. Nada puede esperarse de una juventud completamente dividida y entre la cual una creciente antipatía va alejando cada día más sus distintas esferas, alejamiento acentuado por las diferencias de razas originarias y por un necio antagonismo entre ellas.

Víctimas de esa repulsión violenta establecida entre ambas, si alguna vez llegan á acercarse en un acto inmeditado, sepáranse inmediatamente, fieles á sus desconfianzas y á sus recelos.

Y así viven, sin nada que les una, la juventud estudiosa de arriba y la juventud trabajadora de abajo. Como jamás se juntan, ignoran sus propias aspiraciones y sus propios ideales.

La primera no quiere resignarse á necesitar de la segunda y ésta no quiere acatar las relaciones humillantes y altaneras de aquélla.

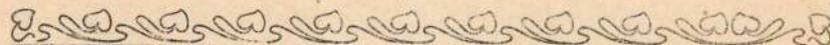
En la época presente, más que nunca, se siente la necesidad de un acento viril y atrevido, lo que fué el de González Prada, en época no lejana y que, como el suyo, conmueva nuestras fibras y ponga de pie á toda esa juventud extraviada que, en los reductos del egoísmo y del desprecio mutuo, vemos vagar sin voluntad y sin fe.

Tenemos en primera línea una porción considerable por su número y su calidad.

Frecuenta Institutos y Universidades. Cita á Fichte y á Comte, á Taine y á Tarde. Nutre su espíritu con los jugos intelectuales de los grandes maestros del pensamiento contemporáneo y con brillante argumentación diserta en los campos de la filosofía y las letras.

Entre ella el socialismo es un snobismo imprescindible, un socialismo de tesis, aristocrático y perfumado, un librepensamiento de salón.

Su eco, lanzado desde las Universidades, pretende repercutir



en las Cámaras, puesto bajo la paternal tutela de nuestros gobernantes.

En sus sueños juveniles no caen en cuenta de que no es con teorías más ó menos hermosas como se rigen los pueblos y de que frente á la razón de las cavilaciones de un pensador se alzan las furiosas pasiones del instinto de la plebe.

Antítesis de dos fuerzas que es preciso conciliar.

La filosofía y la sociología sólo pueden prepararnos al observar á las masas populares para comprender su psicología colectiva, para darnos cuenta de su carácter, para adaptarnos á su medio ambiente y deducir de todo esto sus probables evoluciones en el proceso de su desarrollo moral.

Pueden servirnos para favorecerlo y alentarlo.

No existe una sociología absoluta; y no es viviendo en el cielo de las altas especulaciones y abstracciones filosóficas, sin reparar en el bajo suelo, como se forman los espíritus prácticos.

Jamás los idealistas puros dieron buenos resultados, como tampoco pudieron rendirlos los hombres surgidos, sin ilustración ni idealismos, del fondo de la ley social.

No nacieron entre la *canalla* ni Cronwell ni Marat, ni Robespierre; si sus nombres ilustran la Historia es porque seres de un talento poderoso, educados vastamente en una clase superior, por afinidad de sentimientos se confundieron en movimientos netamente populares y acabaron por encarnarlos.

Para estar en lo justo, es fuerza descabargar el bricso Pegaso del Idealismo para chapotear de vez en cuando en los negros lodazales del Instinto.

Nuestros jóvenes pensadores desprecian al pueblo y temen contaminarse acercándose á él; y tienen razón: sus harapos manchan, sus hedores provocan baseas.

Ellos nos hablan de aspiraciones populares; pero huyen del contagio de las masas. Hablan de anticlericalismo; pero no dejan de figurar en las listas de la Unión Católica, porque no sería de buen tono.

Como en nuestra tierra el no ser abogado, ó por lo menos bachiller, es signo de inferioridad moral é intelectual, no es digno de ser tenido en cuenta el que no haya cursado, cuando menos, un año de Letras.

Cuando saliendo de la estricta disciplina en que vive esta juventud, en un alarde de franco anarquismo logra rebelarse, tiene á veces brillantes iniciativas; pero parece que el esfuerzo hecho para

proclamarlas fuera superior á sus energías; siempre carece de ellas para llegar á la meta.

Lo que al principio fué una bella explosión de virilidad juvenil acaba por ir cediendo al hábito disciplinario, y la amplitud de tan laudable cuanto generosa empresa va reduciéndose á los límites de su propia clase, eludiendo todo elemento exterior que perturbe sus buenas costumbres tradicionales.

Hablan y piensan para sí mismos, sin querer ofrendar una sola de sus palabras, uno solo de sus pensamientos á quienes, por ley natural, mayor necesidad tienen de ello.

Por un error, sin esperanza de enmienda, sus centros, en vez de ser el punto de reunión de la juventud en general, la cátedra obligada para los intelectuales y para los que no los somos, se convierten en una *Turris eburnea* inexpugnable. Son faros á la inversa que, en vez de irradiar su luz por todos los ámbitos, guía y salvación de navegantes inexpertos, la concentran toda en sí mismos, guardándola avaramente entre espesas y opacas lunas.

Si alguna vez viéramos á los frutos de esta juventud escalar el poder, su triunfo sería el de la pedantería y las temperancias vergonzosas. Ella nos haría el obsequio de una República brillante en metáforas; ó parodiando una frase célebre sobre un español ilustre, la veríamos ahogada bajo un diluvio de flores literarias.

A la parte sana y apreciable de esta porción de nuestra juventud le sucede lo que al naturalismo de algunas escritoras.

Clarín decía de una famosa novelista peninsular, que jamás podría producir una obra completa desde el punto de vista del realismo, porque lo que le permitía su gran talento le estaba vedado por los fueros de alta dama de la sociedad. El tener casa puesta en la Corte y recibir en sus salones al gran mundo una vez por semana es incompatible con el oficio de noveladora naturalista.

De igual manera, las consideraciones sociales y el abolengo de sus abuelos atan corto á muchos de nuestros jóvenes y talentosos escritores.

Pasando á la clase media, si descartamos á algunos ejemplares de honradez y sinceridad á toda prueba puestas al servicio de una propaganda y de una causa dignas y altruistas, la generalidad de los retoños de nuestro segundo estado cifra todas sus ilusiones en vestir conforme á los últimos patrones é imitar á la *high life* en aficiones y en gustos.

A la juventud obrera debemos considerarla bajo dos fases distintas:

A la una corresponde la parte más densa, por desgracia, y es la que permanece irreductible en sus malos hábitos.

Aina la politiquería y las exhibiciones, adula á la *gente decente* y rinde culto ferviente al alcoholismo.

Llamada á elegir entre un acto honroso para su propia causa y la estocada de una señorita torera ó el pateo de una tanguista de café, su decisión no sería dudosa.

De ésta sólo es posible esperar la degeneración física y moral.

A la otra corresponde la parte más reducida, pero sana y consciente.

Una obra de generoso desinterés ha llegado á arraigar hondamente en su espíritu; lo ha logrado partiendo de distintos puntos, yendo por distintos caminos, enarbolando, talvez, si opuestos emblemas. Ha llegado á despertar su alma del marasmo letárgico en que vivía y, firme en sus ideales, trabaja y estudia, confía y espera.

Sabe sentir y pensar y á ella le sobran las ilusiones que faltan á la juventud de arriba.

Diseminada por toda la república, no existe ciudad en la que no encontremos una pequeña muestra de su propaganda avanzada ¡quien sabe! pero segura.

Si algún día, por lejano que sea, el Perú podrá enorgullecerse por su regeneración, ésta se deberá tan sólo á ella, no á ningún caudillo político.

Todas estas agrupaciones juveniles vegetan sin un lazo común, sin una mutua aspiración que las atraiga, ya lo hemos dicho.

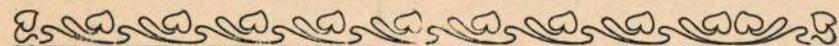
Debemos confiar en el país, entre cuyas generaciones noveles, sin distinción de clases, se cierne la ilusión como emblema fraternal, uniéndolas en una misma comunión de amor y gallardía.

No es juventud aquella que, como Catulle Mendes pretende, no guarda la ilusión de meterse la luna en el bolsillo.

En uno de sus libros da cuenta Luis Morote de una conferencia á la que asistió en París, hermoso ejemplo de fraternidad juvenil.

En la inmensa sala, al costado de la blusa del obrero, el estudiante ostentaba sus ropas *decentes*, el público numerosísimo, al extremo de no dejar un hueco libre, estalló de improviso en una aclamación estruendosa, indescriptible; era que en brazos de unos cuantos robustos y bulliciosos muchachos, quizás si futuros magistrados ó ministros, un ídolo popular avanzaba á la presidencia de la actuación: se trataba de la antigua redactora del «*Cri du peuple*», de la autora de «*Páginas Rojas*», de esa célebre Mad. Severine: valiente ejemplo de la mentalidad femenina francesa.

Y pensemos que esa velada había sido escogida al azar entre



las varias que esa noche debían verificarse.

¡Cuán lejos nos hallamos de espectáculos semejantes!

Convengamos también en que á ello contribuye con mucho la carencia de un solo órgano de publicidad, enteramente independiente, un órgano de exclusiva manifestación de las corrientes juveniles.

Nuestros grandes diarios no son sino políticos y comerciales; en ellos la parte filosófica y literaria se halla excluida. En sus grandes planas falta espacio para comentar los hechos políticos del día y las grandes recepciones sociales; mal puede haberlo para teorías é idealidades.

Por culpa de esta falta de una juventud de verdad, resonará todavía por mucho tiempo, sin hallar eco, la voz de ese ilustre solitario, que ayer no más veía bullir en torno suyo toda una pléyade de ardientes cruzados del Ideal, dispersados por los vientos del perjurio y del arribismo.

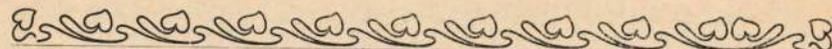
Bobadilla escribía hace algún tiempo, en ocasión de la muerte de Pi y Margall, que si éste había sido el Littré de España, Littré había sido el Pi y Margall de Francia; con más razón diremos nosotros de Prada que es el Littré y el Pi y Margall americano. Resume en sí el talento, la austeridad y la impecabilidad, tanto política cuanto filosófica, de ambos pensadores.

Se yergue en nuestro desmedrado medio social, severo cultivador de la Belleza y de la Virtud, como uno de esos admirables filósofos del paganismo heleno.

Mientras los jóvenes damos muestras de caducidad moral, su gallarda vejez lucha con la perpetua juventud de su espíritu y de su pensamiento.

A él podíamos aplicar estas frases, extractadas de una de las últimas crónicas de García Calderón: «es un ejemplo de lo que puede hoy producir la filosofía de digno, de noble, de clásico; es el mejor testimonio viviente de que la idea filosófica puede crear tipos de dignidad humana más completos, menos exclusivos que los que produce la idea religiosa.»

Su vejez nos trae al pensamiento la vejez de Hugo, que en sus últimos momentos aún conservaba vigor en su espíritu y luz en su inteligencia suficientes para soñar con las gratas visiones de una dulce religión de fraternidad y amor universal, que por esos tiempos empezaba á enunciarse.



Prueba patente de la fuerza evolutiva de los cerebros privilegiados.

Así el brillo de su cerebro redime á toda una generación del pecado de no haber tenido una sola idea ó de haberlas tenido muy malas.

No fueron muy allá los que en sus épocas de glorias, en alas del proselitismo, le comparaban á los romanos de los buenos tiempos.

Sobre las ruinas de nuestra escuálida república soñó implantar una república de Catones y Lucrecias; pero, fatalmente, las maderas para hacerlos no abundan en nuestras montañas morales, como en las geográficas abundan las ricas maderas de construcción.

Como en toda obra de apóstol de una causa sublime, brilla en la suya un perpetuo dejo quijotesco. Juan Montalvo en la portada de un libro suyo estampó estas frases: «El que no tiene algo de Don Quijote no merece el aprecio ni el cariño de sus semejantes».

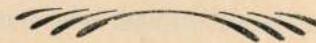
Fué el resultado de su obra el natural á la de todo precursor, á la de todo hombre que nace antes de su época; pero recordemos, al mismo tiempo, que toda causa grande requiere precursores.

Sus ideas en la generosa jornada de su vida, ofrendada á su país, regadas por todos sus ámbitos y fecundadas por el tiempo, darán sus frutos consiguientes.

Las cosechas de ideas no sufren, como las de la tierra, con los rigores de la naturaleza; no las matan ni las granizadas ni las inundaciones; tardan frecuentemente, pero jamás se pierden.

Fortalezcamos nuestros espíritus con esta esperanza.

Por esto, todos cuantos á pesar de la filosofía del autor de «La Vida, el Amor y la Muerte» que invade nuestras almas, pugnamos por tremolar una ilusión redentora en el campo político y social; los jóvenes ilusionistas, sin distinción de clases, los hombres independientes; en general, todos todos los que conservamos una chispa de fuego sagrado del amor á la Belleza y á la Verdad, en nuestras almas rendimos homenaje al glorioso é infatigable paladín del Ideal y de la Justicia en nuestro Continente.



Discurso del Sr. Pedro Ferrari

Señores:

Por segunda vez tengo el honor de hacer uso de mi modesta palabra desde esta tribuna otorgada al público por los masones de la «Stella d'Italia», tribuna que parece hoy destinada al culto del librepensamiento.

Me creo, pues, deudor de un aplauso á los indicados masones, por haber concedido su local á un grupo de librepensadores que se han propuesto rendir, con esta velada, justo homenaje al eminente literato y apóstol de la Verdad y de la Justicia, señor González Prada.

No esperen de mí un brillante discurso, pues, á más de carecer del arte oratorio, tropiezo con la dificultad de no conocer, como el mío, el dulce y simpático idioma de Cervantes.

Seré breve: diré la verdad tal como la siento y con toda la franqueza, que debe ser la característica del librepensador.

Después de un húmedo invierno, pasado bajo una capa plomiza, entramos en la sonriente primavera. Al beso fecundo de Febo primaveral abren sus pétalos las flores, sonríe la Naturaleza y se regocija la Humanidad. Después de catorce años, desde la publicación de «Páginas Libres», en el campo intelectual y del librepensamiento asoma una nueva luz. Y esa nueva luz que «alumbra y quema á la vez», como diría el ilustre autor de ella, es el nuevo libro de González Prada; y los entusiastas admiradores de su arte y de su doctrina saludan en «Horas de Lucha» el preludio de una inminente revolución de las ideas en el Perú.

No hablaré de su obra, pues eximios oradores me precedieron en este tema. Hablaré de su persona como individuo, como escritor, como apóstol y de los efectos que podrían producir sus obras si la entusiasta juventud que organizó esta velada se propusiera seguir firmemente las huellas del Maestro, para servirle de aliento en la publicación de nuevos libros y atraerlo, con su entusiasmo, á una propaganda abierta en el campo de las ideas redentoras, demasiado escasas en este país.

¿Qué representa González Prada como individuo?

La perfección del hombre, en el verdadero sentido de la palabra.

¿Qué cómo escritor?

La honradez personificada en él.

¿Qué como apóstol?

La fuerza creadora de una nueva idea, que, como el rayo del sol matutino, rompe el oscuro velo de la noche y se dilata sobre la tierra para fecundarla con su tibio beso; esa fuerza creadora de una nueva idea franquea los confines nacionales para extenderse en todo Sud América, y, atravesando el inmenso océano, llega hasta el Viejo Mundo, donde vieron la luz sus «Páginas Libres».

A más de ser el apóstol de una idea sublime y prosador por excelencia, González Prada es filósofo y poeta.

Como filósofo tiene un don especial. ¿Quién no ha leído el capítulo «La Muerte y la Vida», que cierra su precioso volumen «Páginas Libres?»

Es una filosofía tan comprensible á un filósofo como á un niño que recién aprendió á leer.

Aunque tenemos que lamentar que muy pocos se ocupen de sus obras, que muy pocos conozcan sus artículos, porque su carácter inflexible de hombre independiente no le permite publicarlos en los periódicos de gran circulación; nosotros, que á diario, se puede decir, leemos sus artículos en esa prensa que es tan honrada como odiada por los convencionalistas que no conocen más dios que Mercurio, encontramos en sus artículos la fuerza demoledora de un atleta, la sencillez de un niño y la elocuencia de un gran pensador.

Como poeta, se aleja muy á menudo de esos octojenarios sin rítmica y sin arte; y considerando la poesía como un sacerdocio en el campo del arte y entendiendo por verso «la armoniosa distribución de acentos en una determinada cantidad de sílabas», (1) supo cultivar tan bien el arte de la poesía lírica, que bien puede llamársele, como á Campoamor y como á Carducci, un creador de estrofas.

Aunque no sea el caso de repetir aquí sus versos, no me parece inoportuno, para mayor ilustración de los que se dedican al arte de la poesía, repetir, como ejemplo de belleza poética, como modelos de figuras literarias, dos versos que cierran un soneto dedicado á la Naturaleza:

Fénix divino, sin morir renaces;

Madre piadosa, sin nacer existes.

¡Cuánta elocuencia, cuánta sencillez y cuánta filosofía en dos versos!

Prometí ocuparme en los efectos que pueden producir sus obras si la entusiasta y sana juventud que en este momento nos rodea, se propone seguir las huellas del Maestro.

(1) Prof. F. Carlo Pellegrini. — Elementi di letteratura. »

En el archipiélago de la evolución de las ideas en el Perú hay, entre tantos, un escollo, donde se estrellan todas las navicillas que marchan con rumbo al porvenir. Hay necesidad, pues, de asestar golpes formidables á ese escollo, hasta reducirlo á escombros; hay que minarlo hasta hacerlo saltar en menudos pedazos. Me refiero al artículo 4.º de la Constitución de la República, que coacta la libertad absoluta de pensamiento y de conciencia, sin los cuales no puede haber progreso moral en un pueblo.

Las obras de González Prada, secundadas por un trabajo asiduo en la propaganda anticlerical, por parte de la juventud independiente, pueden fácilmente servir de faro luminoso en la difícil navegación y la actuación de todos los librepensadores puede conseguir la destrucción de ese escollo maldito, á cuya sombra tienen amparo añejas ideas, envueltas en las tinieblas del fanatismo y de la superstición religiosa.

¡Juventud independiente! Sigamos, pues, al Maestro, que, cual estrella luminosa, nos guía al porvenir.

Discurso del Sr. José Torchiani

Señores:

Cediendo á los impulsos de mi corazón y atraído por este grandioso homenaje que sus discípulos y admiradores tributan al Maestro de la juventud intelectual, al hombre que ha consagrado su vida á la defensa del más noble de los ideales, no puedo menos, —aunque extranjero, pero discípulo de él también, ya que en las lides del pensamiento no existen fronteras ni nacionalidad, — que dejar oír mi voz entusiasmada, llena de respetuosa y sincera adhesión al apóstol del Ideal, al luchador viril, que, con la Verdad por escudo y la pluma por espada, va señalándonos las alturas donde la Humanidad debe conquistar la verdadera Libertad!

Sí! Es que las frases de González Prada han elevado nuestros corazones; las ha hecho repercutir como canciones que nos hacían vislumbrar las grandes, las luminosas cosas del Porvenir!

Con su pluma genial, cual ariete formidable, ha destruído la hojarasca de las supersticiones; y su verbo ha vibrado, lleno de indignación, contra las iniquidades, contra la indiferencia y la apatía de los que, faltos de valor, han simulado ignorar el mal de esta sociedad enferma.

Y, contra esos hijos de la sombra, los que viven en el abismo del engaño y del embuste, fué vuestra condenación ¡Y vuestra antorcha irradió ¡oh Maestro!

Y nos mostrásteis el camino de los libres, para ir en pos de auroras, de días esplendentes, de horizontes luminosos.

A todos aquellos que quieren una patria á fuerza de sacrificios y de sangre, les dijísteis: el mundo es la patria. Y á los hambrientos de gloria y de riquezas sobre el hambre de las mayorías, les señalásteis el mañana de justicia reparadora. Es que vuestro anhelo es el grande anhelo de los grandes corazones: la dicha común.

La caridad es un ultraje que la hipocresía religiosa hace á la humanidad indigente, después de haberla agobiado con sus beatíficos diezmos, con sus divinas raterías.

¡Oh Maestro! Tú nos has señalado el camino de la Verdad, el camino de la Libertad; y seguiremos tus huellas, impertérritos, á la conquista del Porvenir, venciendo obstáculos y derribando ídolos!

Discurso de clausura del Dr. Christian Dam

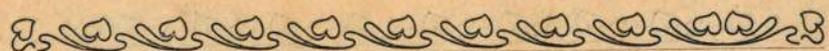
Señoras, Señoritas, Señores:

A nombre de la Comisión Organizadora de esta Velada en honor del distinguido literato aquí presente don Manuel González Prada, os doy las más expresivas gracias por vuestra asistencia.

No se podía esperar menos de vosotros, pues á la llamada de un grupo de los discípulos del Maestro radical, resulta este recinto estrechísimo para contener á sus admiradores.

Esta noche se ha hablado extensamente de la Libertad, de esa diosa regeneradora del género humano; y espero que después de esta manifestación llevaréis grabada en vuestra mente la impresión de practicar las enseñanzas del Maestro, convirtiendo en acción las teorías que acabáis de escuchar.

Para que resplandezca esa Libertad tan ansiada entre nosotros es menester disipar la horrenda nube que obscurece su brillante faz; y sabéis, señores, ¿cuál es la causa de haberse eclipsado en el Perú esa luz benefactora, germen de todo progreso? Es una inmensa invasión de cuervos negros, que, á semejanza de langostas devastadoras, vienen inmigrando desde lejanas playas inhospitalarias para



ellos, en virtud de las desinfecciones higiénicas que los pueblos civilizados emplean en el día para el saneamiento moral y material de sus pobladores, en forma de leyes restrictivas contra esos bichos, verdadera calamidad social.

Ha venido en estos últimos años tan crecida cantidad, que se hace necesario que vosotros os convirtáis en cazadores para limpiar nuestro cielo, á fin de que en él vuelva á brillar, como en días más felices, la diosa Libertad.

Por esto me permito recomendaros que, siguiendo las enseñanzas del Maestro, os opongáis tenazmente contra esa corruptora costumbre del confesonario, donde irremisiblemente se corrompen los sentimientos verdaderamente morales de vuestras madres, esposas, hermanas è hijas, donde sucumbe la virtud.

Sí, ese infernal armatoste es la pendiente del vicio y el infierno de la familia; desterrándolo habréis suprimido la repetición de los sacrificios de nuevas Dorliscas por otros Hurtados.

Señores: reiterándoos nuestro agradecimiento, doy por terminada la Velada.



